

MADRID: MES 6 RS.—TRES 16.—SEIS 30.—AÑO 50,  
Número suelto 4 rs.

NUM. 243.—SÁBADO 22 DE OCTUBRE DE 1853.  
MADRID.

PROVINCIAS: MES 8 RS.—TRES 20.—SEIS 40.—AÑO 60.  
Ultramar y extranjero: Año 80.

### BAILES ALEMANES.

Apenas se pasa á la otra orilla del Rhin, se encuentra uno en un mundo enteramente nuevo, donde ni las reuniones son tumultuosas, ni los placeres tan agitados como en Francia. La familia alemana tiene tambien un asilo en medio de estas grandes asambleas; su sitio está señalado de antemano, y en todas partes se introduce sin desunirse. En Alemania no se dan bailes públicos; los que hay, los tienen únicamente los estudiantes ó los artesanos, que se reúnen el domingo en una hostería y bailan bebiendo cerveza. Los grandes señores, los opulentos negociantes, tienen sus bailes particulares, y lo mismo sucede con las demás clases intermedias. En cada ciudad hay cinco ó seis sociedades organizadas con el único objeto de dar fiestas y funciones, á las que pertenecen todas las familias algo acomodadas, con la facultad de asistir á todas las reuniones, y de llevar á ellas á quien mejor les parezca mediante una retribucion anual. Estas varias corporaciones van preparando sucesivamente su baile ó su concierto, y los que las forman convidan á sus parientes y amigos.

La diversion empieza á las ocho de la noche. A las doce se estan ya apagando los quinqués, y á la una el *naehtwaether* ó sereno no encuentra ya un alma en las calles al tiempo de hacer su ronda de noche. Todos estan ya en sus casas, y la ciudad yace en un profundo sueño. Tambien suele preceder al baile un rato de canto ó de lectura de alguna comedia, ó de un prólogo, á veces análogo á las circunstancias, que improvisa el poeta de la corporacion, recordando con esto la infancia del arte; los buenos alemanes aceptan sencillamente cuanto les presentan, escuchan con la mas escrupulosa atencion, y reventan de risa por la menor cosa. Luego se cena, y después se baila. Lo esencial de todas estas reuniones es la cena; y al ver el esmero con que se preparan las mesas de antemano; al presenciar la solemnidad con que todos van al comedor, casi está uno tentado de creer que las sociedades alemanas no organizan sus bailes mas que para tener una buena ocasion de cenar. A la hora señalada, y en el mismo momento que la campana del reloj da el primer golpe, suena la trompeta, la orquesta se calla repentinamente, y cesan los bailes. Si algun momento hay en la vida de un alemán en que su corazon puede ser infiel, este es sin duda. Deja á toda prisa á su querida sin acabar el wals que empezaba con el corazon alterado, y sin recoger el guante que se le acaba de caer á la pobre niña, y sin decirle nada, la entrega á su mamá y vuela á reunirse con sus compañeros. La cena dura mucho tiempo, muchísimo. Repito que el placer de comer y beber es uno de los mejores goces de la vida humana; aficion gastronómica, que ciertamente no es moderna, pues se remonta hasta los antiguos tiempos de la Germania. Léase á Tácito. Quizás al tratar esta cuestion algun profesor eminente de gastronomía la considerase enlazada con elevadas consideraciones sociales y políticas. Lo que es yo, miserable cronista, me contento solo con citar un hecho, y de paso aventuraré una observacion que podria hacer la suerte de un diplomático: si alguna vez se quiere revolucionar la Alemania, seria de desear que la cosa se hiciese entre las ocho de la mañana y medio dia; porque en llegando la hora de comer serian muchos los estómagos que triunfasen del patriotismo, y mas de uno faltaria á su puesto.

No obstante, á medida que se va adelantando la cena, el alma sale de su apatía y el corazon recupera sus derechos. A cada plato gana siempre el amor algun terreno; á cada brindis se anima é idealiza el pensamiento: entonces es cuando se ve cómo se buscan los ojos azules de una parte á otra de la mesa, y cubrirse de un leve carmin las mejillas de las muchachas al encontrar la sonrisa que esperaban. Entonces el dichoso anciano se vuelve tierno y expresivo, y se complace en contar sus antiguas memorias. El joven sacude su cabellera rubia, y entona con sus compañeros el canto de guerra ó del amor. Pero después se prepara una vistosa escena. Al salir se baila la polaca, baile que en aquel país es una escena interesante del drama de la vida. Cada palabra de amor tiene en la lengua alemana una significacion exacta, y no admite como entre nosotros diferentes interpretaciones.

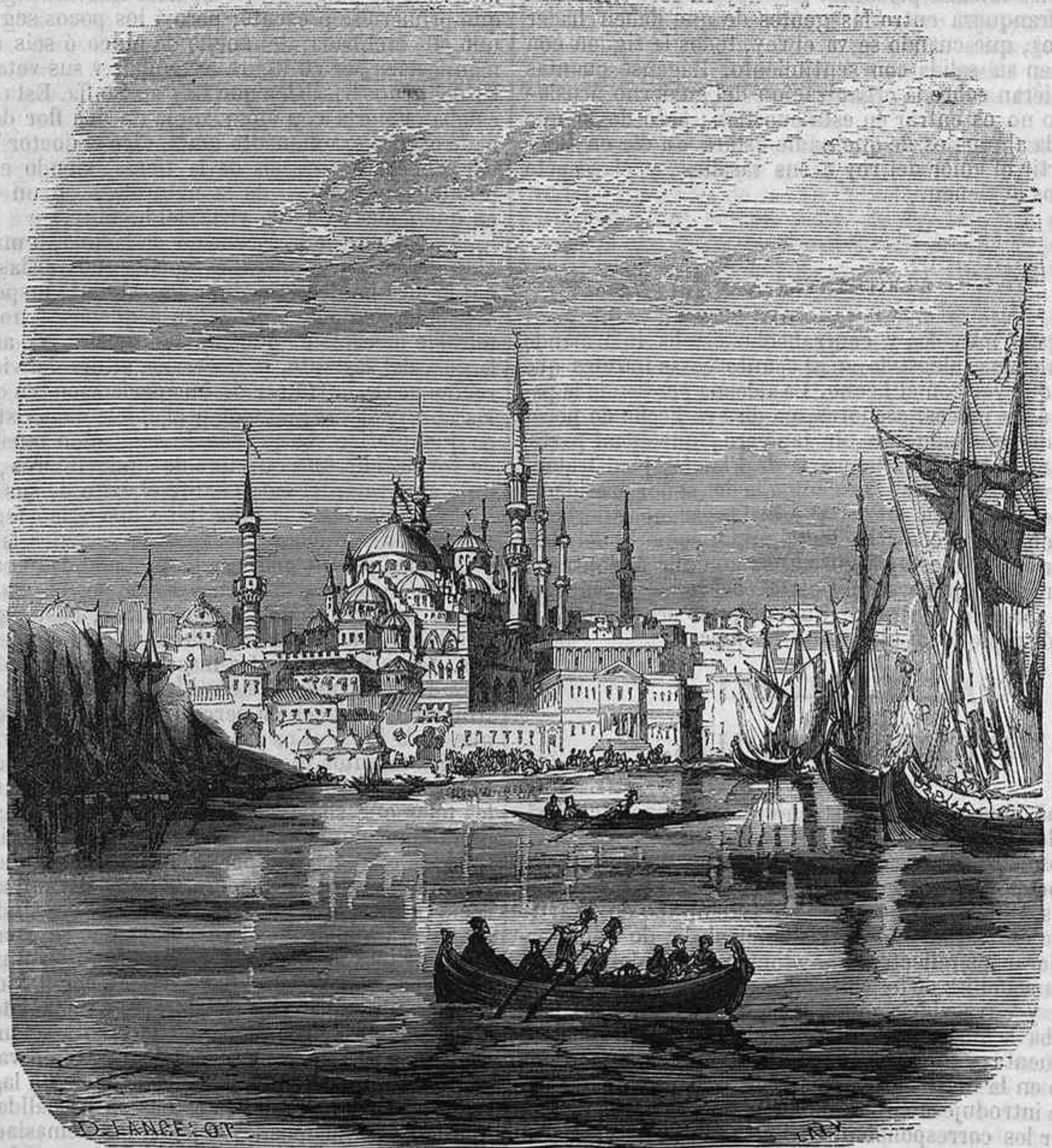
Una mujer no se atreve á pronunciar ninguna sin medir todas sus consecuencias; porque pronunciada que sea, ha contraido una obligacion. Así es que antes de hacer una declaracion tan terminante es preciso haya algunas circunstancias preparatorias, y el permiso de bailar con ella una polaca

es el primer anillo de la cadena, el secreto de su corazon casi descubierto, la confesion tácita de un sentimiento que no se atreve á mostrarse abiertamente. ¿Quién podrá pintar las penosas ansias y las hondas penas que llenan de amargura al amante no correspondido mientras dura este baile significativo? ¿A qué de resoluciones desesperadas habrá dado lugar la cruel polaca! Triste del que está allí solo viendo á la que adora bailar con otro! La polaca es un baile sumamente largo, y todas sus figuras parecen inventadas ex profeso para atormentar á los que miran y alimentar las ilusiones de los que esperan ser amados. Primero es una cadena de bailarines y bailarinas que se desarrolla, se dobla, se rompe, se divide en grupos y en cuadrillas, y después se van uniendo sucesivamente todos los eslabones. Luego es una lenta procesion, en cuyo tiempo el amante puede manifestar á su amada cuanto encierra su corazon; en seguida es un wals en que cobra ánimo, y un torbellino general que le saca de sí. Siempre se cruzan las miradas, siempre van enlazadas las manos. Para los felices que el destino ha hecho partícipes de este baile, es un paraíso de imaginacion; para los condenados á observar y á envidiar, es el purgatorio del amor.

Los alemanes bailan además de la polaca otros varios bailes: el *coillon*, que han heredado de sus padres, y que para ellos es lo que para nosotros el minuet; la *mazurka*, que han tomado de los pueblos slavones; y la *bernesa*, rica en figuras; y el *galop* que les ha ido de nosotros. Sus bailes se concluyen siempre con *galop*; pero al acercarse la hora, se va la gente

pacífica, las mujeres que no gustan del ruido piden su silla de manos, porque allí el galop se asemeja mas que á un baile á una carga de caballería. Tanta como es la vanidad de los alemanes en valsear con ligereza y en ejecutar todos los pasos con compasado movimiento, otro tanto placer tienen de dejar aparte todo embarazo al fin del baile, corriendo como locos por la sala con su pareja, y golpeando con los piés para mover los cristales. Las mujeres toman parte en esta carrera tumultuosa, y ven gustosas echarse á perder todo el armazon de su peinado. Media hora después solo se ven caras encarnadas y llenas de cansancio, cabellos sueltos sobre la espalda, y lazos y ramilletes de flores desparramados por la sala. Mas el galop ha encendido la sangre flemática de los alemanes, y es el baile de que con mas placer se acuerdan, y del que hablarán mas tiempo.

Todos los inviernos se dan en Berlin algunos bailes de suscripcion á que concurre á porfia la nobleza, que la clase media se envanece de haber visto, y que los extranjeros prefieren á los demás. Estos son los *bailes de corte*. El precio de la entrada es de seis pesetas; pero no se crea que se compran los billetes en la calle ó un despacho del teatro. Quien desea asistir, tiene que dirigirse por escrito al administrador general de la corte, especificando su nombre, nacimiento y profesion. Se examina su calidad y condicion, y si contentan ambas cosas, al otro dia se encuentra con un ayuda de cámara cargado de galones de oro, que le entrega el billete sellado y firmado del propio puño del administrador.



Constantinopla.

El baile se verifica en un salon adornado con elegancia. Es preciso componerse antes para asistir á él, y los encargados de recibir billetes negarian la entrada con poca ceremonia á cualquiera que se presentase con botas. Una vez dentro, se olvida el precio del billete y los pasos dados para conseguirlo; estas reuniones en efecto presentan el mejor golpe de vista que ofrece en Berlin la buena sociedad. Allí estan los principales funcionarios del reino, todos los altos y poderosos señores de Berlin, los diplomáticos extranjeros y los mas ricos del estado llano. Allí andan mezclados la poesía y el comercio, el oficial y el magistrado; allí pasean juntos el hombre de ciencia y el gran propietario. Llévase Vd. consigo un *Cicerone*, y este le enseñará una tras de otra las mas ilustres cabezas de Berlin, que olvidan entonces sus laureles para reducirse á la esfera de simples mortales. El le señalará á Vd. al sabio Humboldt, á Ritter el geógrafo, al escultor Rauch y al músico Spontini. Aquel hombre pequeñuelo, casi disforme, que anda rodeado de gente, y cuyos chistes y sentencias se escuchan con tanta satisfaccion, es el filósofo Scheleiermacher, el filólogo, el teólogo, el hombre que ha traducido tambien á Platon en alemán, que Mr. Cousin tiene ahora que trabajar mucho menos para traducirlo en francés; este de la cabeza cana cuyos ojos son tan penetrantes, y que está contando con viveza su viaje á Francia, es Praeimer, autor de la *Hohenstaufens*. Si quiere Vd. ver al digno filósofo Siffens, mire Vd. á aquel hombre que medita en un rincón, y cuya fisonomía espresa la calma y la bondad. Mas lejos está el poeta Raupade explicando al ingenioso crítico Heering el plan de un nuevo drama, quien le escucha distraido como poco entusiasmado de su prodigiosa fecundidad. Mas adelante le enseñaré tambien la noble figura de Savigni, á Cans el Hegelista que ha dado en tenerse por el Mirabeau de la Alemania, estudiando sin cesar para imitarle cuanto dice la historia de este grande orador.

Mas lo que mas aprecian los berlineses en estos bailes es la asistencia del rey y de la familia real. Una ó dos horas estan todos aguardando; y en este tiempo ni se empiezan los bailes, ni se oye una sola nota de música. Por fin, la concurrencia se separa y hace lugar, los grupos se disuelven, y reina en la sala un imponente silencio. Se presenta el rey. No se podrá formar cabal idea del amor que profesan los prusianos á su rey quien no haya asistido á una de estas reuniones, y no haya visto el respeto que le tienen y lo felices que se consideran con verle. Y en tanto que empieza el baile, él se va por el salon buscando personas conocidas, hablando ya á una joven, ya á un profesor, ya á un soldado veterano. El rey de Prusia es para las familias de Berlin lo que Napoleon era para sus soldados; sabe el nombre y la historia de cada una. Por todas ellas pregunta, y no hay uno que no procure salirle al paso y obtener de él una palabra ó una mirada. Estaba yo un día en un grupo en que estaban las señoritas Ellsler, que todavía no habian recibido el incienso de la prensa parisiense: acercóse á la mayor un hombre vestido de negro con una sencilla cruz en el ojal, y habló del último baile y del paseo; después la saludó y se fué: era el rey.

A su lado está casi siempre la princesa de Leiguit, cuya gracia y bondad anda en boca de todo el mundo. La condesa de Harrach era una joven de una familia noble, aunque pobre. El rey la conoció en Teoplitz, y se casó con ella. «No será reina de Prusia, dijo, pero será mi esposa.» Y efectivamente, para no dar que sentir á sus hijas las princesas, ni sobrecargar mas al Estado, no dió á su mujer ni el título ni las prerrogativas de reina; todavía es joven y hermosa, y vive con la mayor sencillez.

A las once se cena. La mesa del rey se coloca entre las demás. Todos estan allí sentados bajo el mismo techo, y son servidos por las mismas personas. ¿No hay en esto cierta comunidad y franqueza entre las gentes de que deben hacer mérito? Así es, que cuando se va el rey, todos le siguen con la vista, y ven su salida con sentimiento. Háganse cuantas teorías se quieran sobre la organizacion del gobierno prusiano: mi objeto no es entrar en esta cuestion; pero de lo que no tengo duda alguna es de que nadie estará un día en Berlin sin advertir el amor del rey á sus vasallos, y el respeto filial que estos le tienen.

#### PLEITEANTE.

Un abogado muy feo y contrahecho estaba informando contra una aldeana, alegando en el asunto cosas inútiles que nada tenían que ver con el hecho. La aldeana perdiendo la paciencia dijo á los jueces: «señores, yo diré el hecho en pocas palabras;» «he ajustado con un tapicero, que es mi parte, darle una cantidad por una tapicería de Flandes bien tratada y de muy hermosa figuras, tales como la del señor presidente (con efecto era un buen mozo) y en su lugar me quiere dar una mala, con feas y contrahechas figuras, como la del abogado contrario.» «¿No estoy escusada de cumplir el contrato? Esta comparacion, que era muy clara, desconcertó en tales términos al abogado contrario, que no pudo proseguir, y la aldeana ganó su pleito, é hizo reír á los jueces.

#### HABITANTES DE LA LUNA.

Tomamos de un periódico extranjero el siguiente curiosísimo artículo.

Hallándose en conversacion hace tres años Sir John Herschel y el doctor David Brewster discutiendo acerca de algunas ingeniosas sugerencias hechas por este último en su artículo sobre la óptica, inserto en la Enciclopedia de Edimburgo para mejorar los reflectores newtonianos, Sir John Herschel alabó la sencillez de los telescopios antiguos, que no tenían tubos, y cuyo vidrio objetivo, colocado sobre un palo alto, arrojaba la imagen atraída por su foco á distancia de ciento cincuenta y aun doscientos pies. Brewster convino desde luego en la inutilidad de los tubos, siempre que el objeto focal se introdujese en un aposento oscuro donde fuese recibido por los correspondientes reflectores: Herschel añadió que si el telescopio de su difunto padre, cuyo tubo solo, aunque formado de los materiales mas ligeros que pudieron

emplear, pesaba 3,000 libras, tenía una movilidad fácil é igual aun con el peso del observatorio unido á él, era obviamente practicable un observatorio movable sin el estorbo del tubo. Tambien en esto convinieron, no quedando entonces otra dificultad que la de la escasez de luz indispensable en los grandes aumentos. Sir John propuso que el hidrógeno se aplicase al objeto focal para aclararlo, y aun para darle aumento, cuya sorprendente idea aplaudió entusiasmado su sabio amigo, dedicándose ambos por medio de repetidos ensayos á conseguir un recipiente para el objeto focal que lo transmitiera sin refraccion á la superficie en que debería ser observado á merced de los reflectores microscópicos. Antes de una semana quedó demostrado que un medio entre las partes componentes del mas puro cristal plano era el material mas á propósito para el intento.

Esta dichosa conversacion fué la que decidió al inmortal Herschel á construir su estupendo telescopio actual. Para ello recibió de S. A. R. el duque de Sussex 10,000 libras; y habiendo impetrado la augusta benevolencia de S. M. B., este rey marino, oídas las ventajas que resultarían del proyecto á la navegacion, dió carta blanca por cualquier suma que se necesitase.

En 3 de enero de 1833 se verificó la primera fundicion del vidrio objetivo, que se malogró por haberse quebrado dentro del molde; por lo que en febrero siguiente se emprendió la construccion de otro nuevo, que es el que existe. El peso de su prodigiosa mole, después de pulida, es de 14,826 libras, y su potencia aumentatriz se calculaba en 42,000 veces.

La junta de longitud de Inglaterra, convencida del talento de Herschel, y justamente penetrada de su importante invencion, solicitó del gobierno que se le destinase á observar el tránsito de Mercurio sobre el disco del sol que debía suceder el 7 de noviembre de 1834 desde el Cabo de Buena Esperanza. Accedióse á ello, y hechos los correspondientes preparativos, dió Herschel á la vela de Londres en 4 de setiembre de 1834 acompañado del doctor Grant, del teniente Drummond, de reales ingenieros y de varios sabios ingleses. Habiendo arribado felizmente, se construyó el edificio en que se debía colocar el gran telescopio, cuya minuciosa relacion sentimos no poder insertar íntegra, omitiéndola en honor de la brevedad, y por pasar á describir los primeros trabajos astronómicos, que empezaron á fines de diciembre.

#### NUEVOS DESCUBRIMIENTOS EN LA LUNA.

Hasta el 10 de enero se dirigieron las observaciones con especialidad á las estrellas de los signos meridionales, en los cuales, sin el auxilio de los reflectores hidroxígenos, se descubrió un número infinito de nuevas estrellas y cuerpos nebulosos. Pero dejaremos la relacion que de ellos nos hace nuestro corresponsal para posteriores escritos, no queriendo privar por mas tiempo á nuestros lectores de las interesantísimas noticias concernientes á los grandes descubrimientos hechos en el mundo lunar.

Serian las nueve y media de la noche del 40, y la luna se hallaba dentro de los cuatro días de su mínima libracion, cuando nuestro astrónomo arregló su instrumento para inspeccionar su parte oriental. Aplicóse á ella toda la inmensa fuerza del telescopio, y á su imagen focal como una mitad de la del microscopio, y al remover la pantalla de este último, se presentó el espacio de la visual cubierto en toda su área de una porcion de hermosísima roca basáltica, perfectamente clara y de un vivo resplandor. Su color era un oscuro verdoso, y el ancho de las columnas, segun se dejaba ver por los intersticios que resultaban en nuestro lienzo, era invariablemente de 28 pulgadas. No se notó fractura alguna en la masa que primero se presentó; pero á los pocos segundos apareció una pila inclinada, del ancho de cinco ó seis columnas, que manifestaba ser su figura exagonal, y sus vetas semejantes á las del grupo basáltico que hay en Staffa. Esta inclinada masa estaba cubierta con abundancia de una flor de color encarnado oscuro exactamente igual, dice el doctor Grant, al *Papaver Rhoeas* ó amapola de la tierra, siendo esta la primera produccion orgánica de la naturaleza en un mundo extraño en que jamás se fijó la vista del hombre.

La rapidez de la ascension de la luna, ó mas bien la rotacion diurna de la tierra, es igual á 500 yardas en un segundo, lo cual hubiera sin duda impedido la inspeccion y aun el descubrimiento de objetos tan pequeños, á no ser por el admirable mecanismo que constantemente va arreglando, con la guia del sestante, la necesaria altura del vidrio, cuya operacion se encontró ser de una perfeccion tan consumada, que los observadores mantenian el objeto á su vista todo el tiempo que querian. La prueba de vejetacion lunar que acababan de ver decidió una cuestion de sumo interés, lo que nos indujo á no retardar un instante el éxito de sus observaciones. Ella demostró que la luna tiene una atmósfera formada á la manera de la nuestra, y capaz de sostener la vida orgánica, y de consiguiente con mucha probabilidad la animal. Las rocas basálticas continuaron pasando por el plano inclinado del lienzo por tres diámetros sucesivos, hasta que se presentó una verde loma de gran belleza, la cual ocupaba el espacio de dos. A ella precedió otra masa de rocas casi de la misma altura de las primeras, á cuya base tuvieron al fin nuestros astrónomos el placer de percibir la novedad indicada, un bosque en la luna. «Los árboles, dice el doctor Grant, por espacio de diez minutos fueron de una misma especie, diferentes de todos los que yo he visto, excepto la clase mas corpulenta de los tejos que se hallan en los cementerios ingleses, con los que tienen alguna semejanza. A estos se siguió una verde llanura, la cual, medida por el círculo señalado en nuestro lienzo de 49 pies, debía tener mas de media milla. Después apareció un hermoso bosque de abetos, que indudablemente lo eran, en un todo semejantes á los que se crian en el seno de las montañas de mi patria. Cansados de la duracion de estos, redujimos mucho el poder aumentador del microscopio sin eclipsar ninguno de los reflectores, é inmediatamente percibimos que sin sentir habíamos ido descendiendo, por decirlo así, por un distrito montañoso en extremo variado y romántico, y que nos hallábamos á la orilla de un lago; pero sin que pudiésemos determinar su estension y localidad relativa, porque todavía veíamos los objetos con demasiado aumento. Al colocar el mas débil de los vidrios acromáticos que poseíamos, hallamos que la coleccion de aguas, cuya orilla acabá-

bamos de descubrir, correspondia en su general delineacion en lugar de comenzar, como habíamos supuesto, por el lado oriental del planeta, ciertó retardo en la elevacion del vidrio grande nos habia llevado casi al eje de su ecuador.

Sin embargo, como la luna es un país libre, y nosotros hasta entonces no nos habíamos apegado á ninguna provincia particular, y además, puesto que en cualquier momento podríamos ocupar la posicion que nos propusimos, colocamos de nuevo nuestros mágicos vidrios para explorar las orillas del *Mare Nubium*. Qué razon pudo asistir á Riccoli para darle este nombre, como no fuese por ridiculizar á Cleomedes, no sé; porque orillas mas hermosas no es posible imaginar. Una playa de brillante arena blanca, guarnecida de rocas en forma de castillos, al parecer de mármol verde, diversificadas por aberturas que se notaban á cada dos ó trescientos pies, con grotescos trozos de greda ó yeso, y festoneadas sus cumbreras por el luciente follaje de árboles desconocidos, fué pasados por la blanca pared de nuestro aposento, y dejándonos ábsortos de admiracion. El agua, todas las ocasiones que la vimos, tenía un color tan azul como el del Océano, y se espesificó de las peñas se veía por espacio de mas de cien millas de lo variado de la escena por toda esta y aun mucha mayor distancia, no descubrimos señales de la existencia de ningún animal, siendo así que podíamos á nuestro placer dirigir la vista por toda la superficie. Es verdad que Mr. Holmes opinó que algunos objetos blancos de forma circular, que vimos á alguna distancia en el interior de una caverna, eran unos animales grandes y cornudos; pero á mí no me parecieron sino piedras que habian arrojado á aquel punto las mareas. En fin, aun no debía tener el éxito deseado nuestro empeño de encontrar vivientes.

Habiendo continuado esta detenida inspeccion por espacio de dos horas, durante las cuales recorrimos una vasta porcion de tierra, casi toda de un carácter áspero y al parecer volcánico, y habiendo visto pocas mas variedades de vejetacion, excepto algunas especies de lichen que crecía en todas partes en gran abundancia, propuso el doctor Herschel que se quitasen todos los vidrios, se diese un rápido movimiento al panorama, y se buscasen algunos de los principales valles conocidos por los astrónomos como el medio mas á propósito para ver remuneradas nuestras fatigas de la primera noche con el descubrimiento de seres animados. Separados en efecto los vidrios, y dejando en toda su fuerza el brillo de nuestros admirables reflectores, hallamos, como habíamos calculado, que el espacio de nuestra visual abrazaba cerca de veinticinco millas de la superficie de la luna, con la claridad, tanto en su delineacion general como en sus detalles, que pudiera conseguirse en un objeto terrestre á la distancia de dos millas y media. Esto nos proporcionó las mejores vistas de paisaje que hasta entonces habíamos obtenido; y aunque el movimiento acelerado era demasiado grande, gozábamos de ellas con deliciosos raptos. Muchos de aquellos famosos valles, que estan rodeados de elevadas montañas de una forma cónica tan perfecta, que mas las hacen parecer obra del arte que de la naturaleza, atravesaron nuestro lienzo, sin darnos tiempo para detener su velocidad; pero de repente se nos presentó una escena de circunstancias tan nuevas é interesantes, que el Dr. Herschel hizo señal de que se detuviese el movimiento todo lo mas que fuera conveniente. Era una cadena elevadísima de rocas en forma de obeliscos ó agudas pirámides, colocadas en grupos irregulares, cada uno compuesto de unas 30 ó 40, todas perfectamente cuadradas y truncadas con tanta exactitud como las mejores muestras de cristal lapidado. Eran de un color de lila bajo y muy resplandeciente: y en verdad yo me creí que seguramente habíamos dado con obras del arte; pero el Dr. Herschel replicó con gran sutileza que si los habitantes de la luna pudieran llenar 30 ó 40 millas de monumentos como estos, ya haría tiempo que hubiéramos descubierto otros de un carácter menos equivoco. Dijo que eran masas de cuarzo, probablemente de la especie de la amatista color de vino, y nos prometió por estas y otras pruebas que habia conseguido de la poderosa accion de las leyes de la cristalización en este planeta, un vasto y rico campo de estudios mineralógicos. Luego que se colocó un vidrio, se confirmó completamente su conjetura, pues eran monstruosos pedazos de amatista de un color de vino aguado, que recibían los mas intensos rayos del sol. Su altura variaba de sesenta á noventa pies, y aun vimos algunos de mas increíble elevacion, observándoselos en una sucesion de valles divididos por líneas longitudinales de colinas redondas, cubiertas de verdura, y formando hermosas ondulaciones; pero lo mas notable es que los valles que contenian estas estupendas masas de cristal, eran invariablemente áridos, y estaban cubiertos de piedras de un tinte ferruginoso que probablemente eran piritas de hierro. Tambien observamos que estas curiosidades se hallaban en un distrito de media milla de elevacion sobre el valle del *Mare Fecunditatis* de Meyer y Riccoli, cuyas orillas se nos presentaron bien pronto. Pero nunca se ha dado á las cosas nombre mas impropio. Desde el principio hasta el fin todo era aridez, aridez y no mas que aridez. La playa se componía enteramente de greda y pedernal, y no pudimos descubrir el mas mínimo vestigio de vejetacion con nuestros mas fuertes vidrios. Toda la anchura de la estremidad septentrional de este mar, que tenía unas trescientas millas, atravesó nuestro lienzo; y entramos en una áspera region montañosa, donde abundaban mas los bosques estensos de corpulentos árboles que en ninguna de las que antes habíamos visto, y á cuyas especies no encuentro un simil análogo. En su contorno general se parecían á nuestras encinas; pero tenían un ramaje mucho mas rico, y unas hojas anchas y lustrosas como las del laurel, juntamente con unas flores amarillas que caían formando una especie de trenzas desde las ramas hasta el suelo.

Pasaron estas montañas, y nos vimos en una region donde llegó al extremo nuestro asombro. Era un valle oval, rodeado, excepto en una estrecha abertura hacia el Sur, por unos cerros tan encarnados como el mas puro vermellón, y evidentemente cristalizados, porque siempre que aparecía algún abismo espantoso, lo que sucedía con mucha frecuencia, de inmensa profundidad, los lados perpendiculares presentaban masas acumuladas de cristales poligonales en canelones apu-

tados perfectamente unos con otros, y colocados en gruesas capas, cuyo color se hacia mas opaco conforme se iban acercando á las bases de los precipicios. Brotaban innumerables cascadas de los testeros de estas rocas, y algunas se formaban tan cerca de las cumbres, y bajaban con tal fuerza, que formaban arcos de muchas varas de diámetro. Al pié de esta cadena de eminencias habia una perfecta faja de bosque que circundaba todo el valle, que tenia 18 ó 20 millas en su mayor anchura y 30 de largo. Vefanse pequeños grupos de árboles de cuantas especies son imaginables, esparcidos por toda la lujosa estension de este hermoso recinto; y aquí los vidrios de aumento coronaron nuestras ardientes esperanzas, presentándonos seres animados. En la sombra de los bosques, por la parte del Sur, vimos repetidas mana las de cuadrúpedos de un color pardo, con todas las señales eternas del bisonte, pero mas pequeños que ninguna especie de este género en nuestra historia natural. La cola era como la de nuestro *bos grunniens*; mas por sus cuernos semicirculares, por el bulto que tenían en la espalda, por lo largo de su papada, y por lo largo y lanudo de su pelo, se asemejaban mas á la especie antedicha. Tenian, sin embargo, una facion distintiva, y que después hemos encontrado ser comun á casi todos los cuadrúpedos de la luna, á saber, una notable carnosidad sobre los ojos, que les cruza toda la frente y se une á las orejas. Este peludo velo pudimos verlo con toda claridad, y su figura era como el frontis superior de cierto gorro que usan nuestras señoras, y el cual bajan y suben valiéndose del movimiento de las orejas. Inmediatamente ocurrió á la aguda penetracion del doctor Herschel que este era un don de la Providencia para proteger la vista del animal contra los extremos de luz y oscuridad á que estan sujetos periódicamente todos los habitantes de esta parte de la luna.

(Concluirá.)

## DE LA SIBERIA Y DE LOS OSTIAKS DE L'OBJI.

FRAGMENTO INÉDITO DE UN VIAJE POR LA SIBERIA.

Los Ostiaks de L'Obi son uno de los primeros pueblos de la Siberia que los rusos descubrieron y sometieron, y que del mismo modo que todos los de aquella vasta region, han ido disminuyendo después de su conquista. Las viruelas y otras enfermedades, que allí no se conocian, han hecho entre ellos mucho estrago; pero sin embargo es todavía la nacion mas numerosa de las que habitan el territorio de Berezof, ocupando una estension considerable de él en las orillas del rio Obi.

Estos bárbaros por la mayor parte son de mediana estatura, y poco robustos; de color pálido, de rostro poco agradable, y pelo rubio en melenas que les cuelgan alrededor de la cabeza: tanto los hombres como las mujeres son feos, pero sencillos y tímidos, así como preocupados y perezosos, no dedicándose al trabajo sino cuando la necesidad á ello les obliga.

Su traje en ambos sexos no se parece al de ningún otro pueblo, consistiendo principalmente en pieles de animales que ellos mismos preparan. Los ricos son los que únicamente llevan camisa; los demás visten su traje de pieles sobre la suya, llevando el pelo en la parte interior. Esta especie de túnica, y la capucha adherida á ellas, estan guarnecidas de pieles de otra especie, como por ejemplo, de perro ó de zorra. Suelen llevarla tambien en el estío; pero entonces los que usan camisolas se la quitan; y en el invierno sobre estas pieles llevan otras mas anchas con una grande capucha que echan tambien por cima de la primera. Los que habitan las orillas del Obi usan una especie de capa hecha de pieles de morsa, cuyo animal les sirve para alimentarse cuando no tienen otra cosa.

Las mujeres llevan tambien una túnica de pieles, abierta por delante y poco ancha, pero lo suficiente para que uno de los lados pueda cruzar sobre el otro, y atan ambos con correas. Esta es su única vestimenta; mas á pesar de que no llevan cintura, no se ve descubierta ninguna parte de su cuerpo: nada absolutamente se ponen debajo de este vestido, y en el verano ni aun medias. Las que usan en el invierno son tambien de pieles atadas con correas blancas. Llevan el cabello hecho en dos trenzas que les caen sobre las espaldas, y atadas con un cordón. Las que son ricas usan además en el pelo dos largas tiras de paño amarillo, que les cuelgan hasta las corvas, adornadas con varias figurillas de cobre ó de latón que representan caballos, pescados, etc. Tanto las casadas como las solteras usan largos pendientes de cuentas de coral enfiladas en alambre de latón ó en un cordoncito.

Tambien la mayor parte de los hombres llevan anillos en las orejas. Sean casadas ó sean solteras, acostumbran las ostiaks á llevar un velo que dejan caer sobre la cara, en cuanto cualquier extraño ó aunque sea pariente entra en su cabaña; de suerte que nunca estan con el rostro descubierto sino en presencia de su madre, costumbre sostenida por el pudor que es en ellas natural; y la misma causa produce que cuando cualquiera entra en su habitacion salen inmediatamente y van á ocultarse en paraje retirado. Los velos de que hemos hablado estan por lo comun guarnecidos de franjas. El principal adorno de estas mujeres es el tener pintarradas las manos, las piernas y los brazos: al efecto dibujan, ó mas bien trazan con sebo, la figura que quieren reproducir, y en seguida la pican con agujas hasta que sale la sangre, que mezclándose con el sebo, y después de cicatrizadas las picaduras, deja perennemente impreso lo que se señaló. Los hombres no usan de esta especie de incrustacion, sino para llevar en el puño la señal por que son conocidos en los libros de registro de los tributarios; señal que sirve de firma en todos los pueblos de la Siberia á los que no saben escribir. Pero cuando estan enfermos se hacen imprimir varias figuras de estas en la espalda y en otras varias partes del cuerpo, á cuyo remedio atribuyen la misma virtud que los europeos á la aplicacion de las ventosas.

Puede considerarse que los ostiaks son un pueblo de pescadores, porque la pesca es su principal ocupacion durante el estío y parte del invierno; pero aunque el pescado es su comun alimento, tambien cazan pájaros con redes. Como la pesca les obliga á tener una vida errante, mientras dura el estío van á los sitios de mas pesca, llevando consigo sus yur-

tas ó cabañas portátiles; mas en el invierno tienen su habitacion fija, y á ella van todos los años; en cuya estacion escogen para establecer su residencia sitios próximos á los rios, pero elevados y secos.

En una misma cabaña habitan muchas familias: mas allá de Berezof hay algunas en que se reúnen hasta 30; las mujeres que tienen niños de pecho, ó cuelgan las cunas, ó las colocan delante de su especie de camarote.

Los perros de buena raza, y principalmente las perras que tienen hijos, duermen debajo de los mismos bancos que sirven de cama: los que son comunes, es decir, los que sirven para tirar de los trineos, se acuestan fuera de la cabaña, y solo entran en ella para comer cuando la familia trata de viajar. En medio de la yurta se mantiene por todos los habitantes de ella fuego que sirve para todos, y cada uno guisa allí lo que ha de comer cuando y como le parece, para lo que no tienen hora fija, pues solo toman alimento en viéndose instigados por el hambre. En el fuego comun se usan tambien los restos de los pescados con que alimentan á sus perros; y ese continuado asar llena los techos de sus cabañas de un sebo tan craso, que cuelga de ellos á manera que en la parte exterior los carámbanos de nieve. No es necesario decir cuál será la humedad y cuáles las exhalaciones en aquellas chozas, en donde habitan mezclados hombres, mujeres, niños y perros.

No hay nada mas asqueroso que el modo de vivir de esta gente: las mujeres son ordinariamente sucias, dependiendo esto principalmente de las formas domesticas de que estan incumbidas; pues los hombres las consideran como sus esclavas, y ellas son las que arman y desarman las cabañas, preparan las comidas, cuidan de los vestidos, y limpian y guisan la caza y el pescado cuando los hombres vienen de cazar ó de pescar. En cuanto á estos, se ocupan únicamente en construir ó componer sus armas ó instrumentos.

A pesar de que se nutren con malos alimentos, y no beben sino agua, gozan de buena salud y no son enfermizos: mientras estan en la flor de la vida; pero cuando la edad, ó alguna incomodidad particular les obliga á abandonar su actividad acostumbrada, padecen por lo comun de afecciones crónicas, escorbúticas y nerviosas, de que les cuesta mucho trabajo librarse. Por otra parte, las viruelas hacen en ellos mucho estrago, como hemos dicho, y son un grande obstáculo para su multiplicacion.

Los ostiaks, principalmente los que habitan mas allá del Berezof, son paganos; tienen tantas mujeres cuantas pueden sostener, y se casan con sus cuñadas, con sus madrastras, con sus hijastras, ó con cualesquiera otras parientes de la línea femenil; mas con preferencia toman dos hermanas, porque estan persuadidos de que así serán mas felices en su vida doméstica. Es entre ellos cosa muy reprobable el casarse con mujer de su misma familia y apellido. No cuentan sus genealogías sino en la línea masculina. Cuando una mujer casada con individuo de otra familia ha tenido una hija, el hermano de la madre ó los hijos de este se pueden casar con ella. Por lo demás, todos los matrimonios son buenos con tal que los padres de ambos esposos no sean de la misma raza.

Cuando uno de estos naturales trata de casarse, elige entre sus mas próximos parientes y sus amigos una especie de apoderado, y con este y con ellos va á la cabaña del padre de la hija á quien ha escogido para su futura esposa. Al verlos llegar no duda ya el padre cual es el objeto de la visita, y obsequia á sus huéspedes: concluido el convite, se van á otra cabaña, y el amante envia á su apoderado á que proponga al padre de su futura el casamiento, y á que sepa cuánto es el dote que exige: este apoderado anda de una en otra cabaña hasta que ambas partes estan de acuerdo, y terminado el contrato se retira. Poco después vuelve el novio á la yurta del padre á entregarle la mitad del dote fijado, que siendo de un joven de casa rica, es por lo comun de cien ó mas pieles. Satisfecha esta condicion, manifiesta el novio al padre que dormirá en su casa el día siguiente, y le ruega que tenga en ella á su hija. Si el padre acepta la mitad del dote, se verifica la ida del futuro esposo; este se acuesta en una cama que le han preparado al efecto; algunas horas después su novia se va á acostar igualmente en otra cama próxima, y permanece en ella hasta que se ha apagado la luz. Por la mañana pregunta la madre al marido si ha quedado contento, y si la respuesta es afirmativa, le hace él el regalo de una túnica de piel, á lo que sigue inmediatamente tomar la madre aquella sobre que han dormido ambos esposos, y rompiéndola en pequeños pedazos esparcirlos en señal de triunfo. Desde aquel momento, el nuevo matrimonio goza libremente de los derechos de este estado; pero el marido no puede llevar consigo la mujer hasta tanto que ha pagado el dote por entero. Si no queda contento en la noche de prueba, tiene la madre que entregarle una res.

En tanto que una mujer casada no tiene hijos, evita lo mas que puede el ver al padre de su marido, y durante este tiempo tampoco el marido se presenta ante la madre de su mujer; y si por acaso se encuentran, este se vuelve de espaldas, y la mujer se cubre el rostro.

Los ostiaks no consideran á sus mujeres, por decirlo así, sino como animales domésticos y necesarios; apenas las dicen una palabra amorosa; pero tampoco las dan ningun castigo corporal, por grave que sea la falta que hayan cometido, sin consentimiento del padre. La mujer que es maltratada se vuelve al seno de su familia, obliga al padre á que entregue la dote á su marido, y á que la busque otro.

En cuanto muere cualquier individuo de esta nacion, sus amigos ó parientes hacen un hoyo de poca profundidad, visten al difunto con su mejor vestido, y le entierran poniendo á su lado un cuchillo, una hacha y una caja llena de tabaco: está espuesto el cadáver por muy poco tiempo, y en tanto los parientes, vecinos y amigos se reúnen en su rededor llorando y dando gritos, las mujeres sentadas y con el rostro cubierto, y los hombres de pié. Si es hombre, van al entierro solo hombres; y si es mujer, solo mujeres. En vez de ataud colocan el cadáver en una pequeña canoa, á la que han cortado al intento los dos puntas. Las sepulturas las abren sobre eminencias, y la cabeza del muerto la colocan siempre hacia el medio día. Concluida la ceremonia, se prepara una comida junto á la fosa, y cuando ya estan satisfechos se recogen las viandas sobrantes para distribuir las entre los vecinos del difunto, dando después la familia otras comidas ó convites fúnebres en conmemoracion de aquel.

## FABRICACION DE LOS CHALES DE CACHEMIRA.

La materia que sirve para fabricar los chales de cachemira, es una especie de vello parecido á la seda, que se halla mezclada entre el pelo de las cabras de aquella parte del Asia tan celebrada por la inimitable delicadeza de sus tejidos, que no han podido igualar hasta ahora todos los esfuerzos de los países mas industrioses de Europa.

El gran mercado de aquella materia, á la que muy impropiamente se da el nombre de lana, se halla en Kilghet, ciudad situada á 20 dias de marcha de las fronteras de Cachemira. En ella se vende lana de dos clases, la una blanca que se presta mucho á la tintura, la otra cenicienta que se tiñe con mucha dificultad. Esta última se elabora comunmente en su estado natural. Cada cabra da al año unas dos libras de lana de cada clase. Separado con mucho cuidado el pelo con que está mezclada la lana, se lava esta repetidas veces con agua de almidon de arroz, cuya operacion se ha reconocido ser de la mayor importancia para su preparacion. Los habitantes de Cachemira atribuyen la belleza inimitable de los productos de sus fábricas á la calidad de las aguas de sus valles. La mejor y mas hermosa lana en bruto se paga en Kilghet á una rupia (unos nueve reales y medio vellon) la libra. Cuando ya está lavada y espurgada, ha perdido una mitad de su peso, y por fin, después de hilada se vende á razon de una rupia por una cantidad de hilo equivalente al peso material de tres rupias en dinero.

Los chales que se fabrican en Cachemira son de distintas formas y de varias dimensiones. Sus guarniciones se elaboran por separado, para que puedan adaptarse al gusto de los diversos mercados adonde se destinan. Además de los chales largos ó cuadrados, se hacen con la misma lana muchos artículos de lujo, como son: telas rayadas, medias negras ó de colores, guantes, cinturones, y otros. Los chales que se envian á Turquía son por lo general los mas selectos y esquisitos por su finura y excelente calidad. Con el pelo de las mismas cabras y las partes mas ordinarias de la lana, hacen alfombras, mantas, etc.

De algunos años á esta parte no tienen los chales tanto consuno como antes. Las principales causas á que se atribuye su menor demanda son la destruccion de los genizaros, entre los cuales eran de uso general: la estincion de los reyes y corte de Caboul; y la bancarota de Luckerondec. En tiempo de los emperadores del Mogol, la provincia de Cachemira podia tener en actividad 30,000 telares de chales. Este número fué reducido á 18,000 bajo el imperio de los príncipes Afgans. En el día apenas llegan á 6,000 los telares que estan en movimiento. Poco puede haber influido en esta notable decadencia la rivalidad de los chales fabricados en Inglaterra. Al principio de estos últimos aparecieron en la India, deslumbraron á los indígenas con la elegancia de sus dibujos y el brillo de sus colores, y muchos indios de la clase rica se apresuraron á comprarlos; pero muy pronto se disgustaron de ellos, reconociéndolos por muy inferiores á los de su propio país, en cuanto á la delicadeza del tejido y á su consistencia.

No hace mucho tiempo que un especulador inglés que habia llevado á Delhi una partida de chales fabricados en su país, bastante crecida para formar la carga de un camello, se decidió á venderlos en moneda pública para despacharlos con mas facilidad. A duras penas llegó á vender dos ó tres chales, porque el precio ínfimo á que se pregona an, en vez de estimular á los indios, les retraia de comprarlos. Tan cierto es que un objeto de puro lujo como un chal de la India, pierde mucho de su mérito á los ojos de los ricos consumidores, cuando por circunstancias particulares se abarata su precio hasta el punto de ponerse al alcance de las facultades de la clase media.

El valor de todos los chales que se esportan anualmente de Cachemira se calcula en 18 luigs de rupias, ó sean unos 15 millones y medio de rs. vn. El soberano actual de Cachemira, Runjeet Sing, percibe cerca de dos terceras partes de esta suma, á cuenta de la renta ó tributo de aquella provincia, que paga unos 20 millones de reales. La cuarta parte de aquella cantidad de chales sirve para el uso particular del soberano, ó para hacer regalos á sus cortesanos. El resto se vende, y su producto va á aumentar el tesoro del príncipe. Estos chales y los que son propiedad particular de los habitantes de Cachemira, se esportan como sigue: Bombay y la India occidental reciben por valor de unos 6,000,000 de reales: el reino de Onda y el resto del Indo-tan consumen por valor de unos 2 millones y medio de reales, y por fin Calcuta, Caboul, Hérat y Balk por 1 millon y medio de reales.

Los derechos que los príncipes indios imponen sobre los chales, aumentan considerablemente el valor de estos; pero aun lo hacen subir mas los que les hacen pagar los ingleses, que son unos 332 reales vellon por cada chal.

## LAS TRES REINAS.

CAPITULO VI.

Maria entró en la ciudad de Londres el día 3 de agosto de 1553. Habia pasado la noche precedente en Bow, de donde salió á las doce cabalgando en un magnífico palafren blanco, acompañada del Consejo privado, de los principales dignatarios del reino, de los embajadores Noailles y Simon Reard, de un cuerpo de tropas y de una multitud inmensa. Las aclamaciones del pueblo y las salvas de artillería anunciaban su llegada una hora después. El tiempo era hermosísimo, y el sol, brillando con todo su esplendor, regocijaba á los numerosos espectadores que se agolpaban en las calles y plazuelas. Una lucida cabalgata de damas y caballeros se habia reunido á la reina en Alagate, escoltando á la princesa Isabel, que obtuvo una acogida sumamente afectuosa. Las dos hermanas se vieron entonces por la vez primera, desde la muerte de Eduardo y la usurpacion de Juana. Esto no obstante, se observó mas gravedad y compostura en las maneras de la reina, desde el instante en que Isabel comenzó á cabalgar á su lado.

Maria no carecia de encantos, aunque hasta ahora haya prevalecido la opinion contraria. Su rostro era redondo, pero tenia agradables facciones, tez delicada y fresca, y unos ojos llenos de fuego. Sus labios delgados y muy unidos comunicaban una expresion severa y aun repugnante á aquella fisonomia; si la hija de Enrique VIII no tenia el aire imponente de su padre, ni la deslumbradora belleza de Catalina de Aragon, habia heredado de esta una gracia, y de aquel una majestad, que á las claras revelaban su ilustre origen.

La calumnia se ha cebado en esta reina: no solo se han exagerado sus defectos; no solo se han añadido á estos otros muchos que nunca tuvo, sino que se le han negado cualidades que realmente poseia. Algunos autores sin embargo se han mostrado menos injustos.

«Era violenta, dice un autor contemporáneo, algo vengativa y mas parsimoniosa de lo que conviene á una testa coronada; esto es cuanto puede escribirse contra su carácter, que bajo otros puntos de vista era admirable. Su fuerza de voluntad y su grandeza de alma eran, por ejemplo, superiores á las que se observan en personas que no han experimentado el rigor de la adversidad ni los mas duros reveses.» Segun otro, era piadosa, liberal y en extremo caritativa. El obispo Godwin la pinta como una mujer verdaderamente providencial para los pobres, dulce de carácter, pura en sus costumbres, y digna de los elogios de todas las plumas imparciales de la vieja Inglaterra. Ya sabemos que el protestantismo ha escarnecido su memoria, y que ha obrado así por la decidida adhesion de Maria al catolicismo: no debemos por lo tanto estrañar las diatribas que se leen en sus escritos, opuestas á lo que exigen la buena fé, la conciencia y la imparcialidad de la historia.

Sin poseer la profunda sabiduria de Juana, habia adquirido Maria conocimientos poco comunes. Entendia perfectamente el latin, el francés, el español y el italiano, y hablaba este último idioma con gran facilidad. Era muy elocuente cuando se ballaba conmovida, y por su fuerza de lógica se hacia notable en las discusiones. Sobresalia en el arte del baile, amaba apasionadamente la música, y tocaba muy bien varios instrumentos, entre ellos el laud. La equitacion era su pasion favorita, y puso en vigor todos los ejercicios del Sport que habian proscrito, como demasiado mundanos, los neófitos de la iglesia reformada. Una de las faltas que mas se ha censurado en ella ha sido su lujo en el vestir, pues en el reinado precedente las mujeres se adornaban con mucha sencillez. Ella fué en efecto la que introdujo en Inglaterra los trajes de lujo y las modas francesas.

La primera Isabel era superior á ella en atractivos; hallábase entonces en su primera juventud; y aunque no puede decirse precisamente que fuese hermosa, inspiraba desde luego profunda admiracion: su talle era esbelto, su andar gracioso, y tenia unas manos artísticamente modeladas, que no se descuidaba en enseñar.

No bien se colocó Isabel al lado de la reina, cuando todo el acompañamiento se puso en marcha.

Cuando Maria al entrar en la ciudad oyó el repique general de campanas y las salvas de artillería, se conmovió hasta el punto de derramar abundantes lágrimas, y á cada instante contestaba á los frenéticos gritos de la multitud:

—Gracias, gracias, pueblo valiente y digno de ventura: cuenta siempre con mi maternal solicitud.

El lord corregidor, los aldermanes, los sheriffs y demás autoridades de la ciudad se presentaron á cumplimentarla, y en seguida se separaron del cortejo, que se dirigió lentamente hácia la Torre de Londres.

Antes de entrar en ella, dijo Maria dos palabras al gobernador, y este se alejó, para aparecer después en el primer patio á los ojos de la reina, seguido de muchos personajes distinguidos, que habian sufrido una prision mas ó menos prolongada, en razon de su celo por la religion católica, y cuya libertad acababa de decretar verbalmente la hija de Enrique VIII.

—Levantaos, milord duque de Norfolk, dijo con acento conmovido á uno de ellos, anciano venerable, que acababa de precipitarse á sus piés: queda anulada la sentencia que se pronunció contra vos bajo el reinado de mi padre. Se os devolverán vuestras dignidades, vuestro rango, vuestros honores y vuestros bienes.

Después del duque se adelantó Gardiner, obispo de Winchester.

—No solo volverá Vuestra Gracia al obispado, le dijo la reina, sino que quedareis investido con otras funciones de alta importancia. Os nombro lord canceller del reino.

—Vuestra Magestad me confunde á fuerza de beneficios, respondió Gardiner, estrechando con sus labios la mano que le presentó Maria.

—Os doy lo que mereceis, milord; pero tened la bondad de esperar un momento, pues todavía tengo que ocuparme de otras personas.

A Gardiner relevó Bonner, otro obispo despojado.

—Milord, le dijo Maria, estais llamado á la sede episcopal de Londres, y el prelado que hoy la ocupa tan inmerecidamente, el obispo Ridley, llenará vuestro hueco en la Torre. Disponed, señor gobernador, que hoy mismo se ejecuten estas órdenes.

—Ya os predije, milord, que sucederia todo esto, dijo Renard á Pembroke.

Otros presos, y entre ellos Trunstal, obispo de Durham, y la duquesa de Somerset, obtuvieron la mas benévola acogida. El último que se presentó era Eduardo Courtenay, hijo del marqués de Ex-



Las tres reinas.

ter, decapitado en 1538, y joven de una belleza sumamente notable. Su cautividad databa desde aquella época. Nieto de Catalina, que fué la hija mas joven de Eduardo IV, era de sangre real, y su padre habia sido declarado heredero del trono.

—Bien venido, primo mio, le dijo la reina, dándole á besar su mano. Tambien queda anulada vuestra sentencia, pues aunque no está en mi mano volver á la vida á vuestro padre, puedo al menos rehacer la fortuna de su hijo. Desde hoy sois conde de Devonshire, é inmediatamente entrareis en posesion de los bienes de vuestro padre, que fuéron reunidos al dominio de la corona.



Las tres reinas.

En tanto que Courtenay le manifestaba su gratitud, se sonrió ella con tanta gracia, que mas de un cortesano sospechó que tal vez podria elegirle para esposo.

—En esa sonrisa, observó Pembroke dando con el codo á Renard, hay una promesa de matrimonio. —¡Bah! contestó el embajador: ese seria un sentimiento que habria que destruir en su origen, pues tengo ya otro partido para S. M.

—Será vuestro amo Felipe II de España, repuso Pembroke: partido conveniente en efecto...

Renard confirmó la suposicion con su silencio, sin darle por eso gran importancia.

—Me alegro de haber sorprendido ese secreto, murmuró Noailles, que habia oido la conversacion. No agradaria mucho á Enrique II mi amo que la Inglaterra estrechara semejante alianza con la España. Me pronuncio en favor de Courtenay, y trastornaré los proyectos de Renard.

Después de haber dado audiencia á todos los presos que lo habian solicitado, ordenó Maria que fuesen puestos inmediatamente en libertad cuantos se hallasen cautivos por causa de su catolicismo.

—Mi primer cuidado, añadió, será celebrar las exequias de mi hermano Eduardo VI, cuyo cuerpo se encuentra todavia privado de los honores de la sepultura romana. El servicio se celebrará en la abadia de Westminster.

—Eso no podrá ser, dijo el arzobispo Cranmer, que se hallaba presente, porque el rey difunto no era protestante.

—Reflexionad bien, milord, antes de atreveros á contrariar mi voluntad, replicó la reina con severo acento. Ya he hecho arrestar á Ridley, y no vacilaré en hacer lo mismo con Vuestra Gracia.

—Vuestra Magestad obrará como guste, repuso osadamente Cranmer; pero yo cumpliré con mi deber, aun á riesgo de disgustarla. Vuestro real hermano, señora, no profesaba la religion protestante, que es hoy la del Estado: por consiguiente no debe recibir la sepultura con arreglo al rito de la iglesia reformada, y ese rito será el único que se observe en la abadia de Westminster mientras yo conserve una sombra de poder eclesiástico.

—Muy bien, milord; tal vez se encontrará medio de convencer á Vuestra Gracia. Mañana publicaré una declaracion de mis principios en materia de fé. Por lo demás, tened entendido que la palabra papista no se pronunciará ya en Inglaterra como despreciable ó infamante.

—Ya he vivido bastante, exclamó el duque de Norfolk cayendo de rodillas, pues veo ya restablecida la religion de mis padres.

—La Providencia que vela por Vuestra Gracia, dijo Maria, esa Providencia eterna que os salvó del tajo, cuando vuestra suerte parecia irrevocablemente fija, os reservaba para este feliz y glorioso dia.

—Me reservaba, repuso el duque, para ser un fiel y decidido servidor de V. M.

—¿Qué órdenes me da V. M., preguntó el gobernador de la Torre, respecto al duque de Northumberland, á sir Guilford Dudley y á lady Juana Dudley, su esposa?

—Los dos primeros permanecerán encerrados hasta la conclusion de su proceso: lady Juana tambien quedará presa provisionalmente. Entremos ya, señores.

## CAPITULO VII.

## I.

El revés del duque de Northumberland y su riguroso encierro por espacio de muchas semanas, habian producido en él, tanto moral como físicamente, desastrosos efectos. No era ya el mismo, pues un sombrío anonadamiento, ó mas bien una desesperacion silenciosa habia reemplazado á sus atrevidas ideas de ambicion: sus miradas, antes tan penetrantes y fieras, eran tristes é inquietas; sus facciones se habian alterado visiblemente, y su elevado cuerpo se encorvaba como el de un enfermo incurable. En una palabra, habia pasado, sin transicion, desde la edad madura á la decrepitud. Supo pues con indecible alegria que el 18 de agosto seria juzgado, esto es, condenado, y la proximidad de la muerte, en vez de abatirle, le devolvió su anterior firmeza. No ignoraba que iba á tener por jueces á sus enemigos personales, y se propuso mostrarse animoso en su presencia.

Su hijo mayor, Juan Dudley, conde de Warwick, y el marqués de Northampton fueron procesados con él, y en el dia fijado pudieron reunirse un instante antes de ser conducidos á Westminster-Hall, en un gran salon, que se convirtió después en capilla, y que entonces servia de desahogo á los presos de la Torre de Londres.

No bien el duque vió á su hijo, cuando se arrojó á sus brazos pidiéndole que le perdonase.

—¡Perdonaros, milord! ¿El qué?

—Vuestra ruina.

—No digais eso; he deseado tanto como Vuestra Gracia el éxito de nuestra empresa; soy pues tan culpable como Vuestra Gracia. Hubiera sido el primero en felicitaros por vuestro triunfo, y debo ser el último en echaros en cara vuestra desgracia.

—¡Oh! Solo sobre mi cabeza debia pesar toda la responsabilidad. Yo he sido quien lo ha organizado todo; yo he abierto ese abismo que á todos nos tragó, y si pereceis, hijo mio, yo solo tendré la culpa.

—Padre mio, no os inquieteis por mi suerte, pues por vos perderé con gusto la vida que me habeis dado. Si os empeñais en obtener mi perdón, el cielo sabe que os lo doy con toda mi alma; pero antes bien debo yo implorar el vuestro, y por lo que puede suceder, os pido vuestra bendicion.

—Yo os bendigo, hijo mio, y tenga piedad de nosotros el Todopoderoso, exclamó Northumberland con profundísimo fervor. Si las mas humildes súplicas conmoviesen á los jueces en favor vuestro, las emplearia; pero me consta que son inexorables.

—Primeramente morir mil veces, que ver á Vuestra Gracia envilecerse hasta ese punto. Pedidles únicamente, milord, una sentencia pronta y ejecutiva, porque no vamos á comparecer ante jueces, sino ante verdugos.

—Verdad es eso, dijo Northampton. Nada debemos temer. Hemos perdido al juego y tenemos que pagar.

—Teneis razon, milord, le contestó el duque abrazándole; tenemos que pagar; pero ¿por qué no me es dado pagar yo solo por todos?

—Suframos nuestra suerte como hombres, repuso Northampton, y no proporcionemos con nuestra debilidad otra victoria á nuestros enemigos. Vuestra resignacion, milord, asegurará la nuestra.

—Pues bien, replicó Northumberland, mi resignacion llega hasta el punto de que ignoro si consentiria en volver á ser lo que he sido. Y con todo, añadió apretando los dientes, solo por una hora me apoderaria del poder con trasportes de alegria, con el único objeto de vengarme de un miserable.

—¿De quién?

—De Simon Renard.

Hubo un momento de silencio: Northumberland se acercó al oficial de guardia, que se paseaba en el extremo opuesto de la sala, y le preguntó si sabia las intenciones de la reina respecto á lady Juana Dudley.

—Dicese, contestó el oficial, que S. M. se inclina á la clemencia, pero que sus consejeros estan por el rigor.

—¡Ah! Así lo creo, murmuró el duque, pues en ella me persigue el ódio de mis enemigos.

Abrióse por fin una puertecilla, hácia la cual se dirigió el oficial, después de invitar á los presos á que le siguiesen, anunciándoles que les aguardaba la escolta: pronto llegaron, entre dos filas de alabarderos, á la orilla del Támesis, donde vieron un inmenso gentío, impaciente por contemplar en su miseria á aquel cuya insolente prosperidad habia desafiado por tanto tiempo la animadversión pública. Northumberland, que no ignoraba su impopularidad, que sabia que entre aquella multitud no podia contar con un amigo, pues todos, por el contrario, se alegraban de su desgracia, no descubria la menor señal de turbacion, y se adelantaba con paso tan firme, paseaba á su alrededor unas miradas tan altaneras, que todos, como subyugados por una especie de fascinacion, bajaban involuntariamente la vista. El continente de Northampton era grave y digno; el de Warwick fiero y desdeñoso. Precediales un gentleman-carcelero, que con arreglo á una costumbre establecida entonces en los procesos de alta traicion, llevaba al hombro un hacha, cuyo filo, en caso de sentencia de muerte, debía volver hácia los condenados, y hácia el lado opuesto, en caso de absolucion y antes de la vista de la causa.

(Continuará.)

**ASTROLOGÍA.**

Es el arte de pronosticar ó predecir acontecimientos futuros por los aspectos, posiciones é influencias de los cuerpos celestes.

Se divide en dos ramas, la astrología natural y la judiciaria.

La natural es el arte de predecir los efectos naturales, tales como la mutacion de los vientos, de los tiempos, tempestades, huracanes, inundaciones y temblores de tierra.

Esta es la razon á que se dedicó Goad, autor inglés de una obra en dos tomos, que tituló *astrologia*. Pretende que la contemplacion de los astros puede dar conocimiento de las inundaciones y de infinidad de fenómenos. Consecuente á esta idea, se esfuerza en explicar la variedad de estaciones, por las distintas situaciones y movimientos de los planetas, por sus retrogradaciones, por el número de estrellas que componen una constelacion, etc.

La astrología natural en sí misma, hablando con propiedad, es una rama de la física ó filosofía natural; y el arte de predecir ó pronosticar los efectos naturales, que es una consecuencia ó posteridad de observaciones y fenómenos.

Es constante que la humedad, el calor, frio, etc., cualidades de que hace uso la naturaleza para la produccion de dos efectos considerables, la condensacion y rarefaccion, dependen casi enteramente de la revolucion, de los movimientos, de la situacion etc. de los cuerpos celestes. Es cierto que cada planeta debe tener una luz particular que le es propia; cuya luz es distinta de la de todo otro cuerpo; luz que no solo es de una calidad visible en sí, sino que está dotada de un poder especial. El sol, como sabemos, no solo aclara todos los planetas, sino que los calienta con su calor primordial, los reanima, pone en movimiento y comunica las propiedades que á cada uno pertenecen en su particular. Además, sus rayos se impregnaban sobre este cuerpo de cierto color: si en él se modifican, reflejan sobre las demás partes del mundo y particularmente sobre las partes circunvecinas del

mundo planetario. Así es que segun el aspecto, mas ó menos grande, que los planetas tienen con este astro, segun el grado con que los aclara, la mayor ó menor oblicuidad, bajo la que reciben sus rayos, la mas ó menos distancia en que estan colocados, sus distintas situaciones con respecto á él, sus rayos se resienten mas ó menos de su virtud, y en su concepto los efectos se distribuyen; toman si es posible espesarse así un color mas ó menos fuerte; y esta virtud, estos efectos y color son luego mas ó menos enérgicos sobre los seres sublunares.

La astrología judiciaria, á la que se da propiamente el nombre de *astrología*, es el pretendido arte de pronosticar las ocurrencias morales antes de acaecer. Entiendo por ocurrencias morales, aquellas que dependen de la voluntad y acciones libres del hombre, como si los astros tuviesen alguna autoridad sobre el que lo dirigiese.

Los antiguos dieron el nombre de *astrología apotelesmática* ó *esfera bárbarica* á esta ciencia llena de supersticion, que concierne á los efectos é influencias de los astros. Los antiguos judíos, á pesar de su religion, cayeron en esta supersticion, de la que ni aun los cristianos escaparon. Los griegos modernos la llevaron hasta el exceso; apenas se lee uno de sus autores que no trate de predicciones de los astros, horóscopos, talismanes etc.; de tal manera, que segun ellos las columnas, estatuas y edificios en Constantinopla y toda la Grecia se levantaron segun las reglas de la *astrología apotelesmática*: esta es la palabra de la que se formó *talisman*.

En estos últimos siglos nos vimos infestados por esta supersticion. Los historiadores franceses dicen que la *astrología judiciaria* estaba en boga de tal manera en la época de la reina Catalina de Médicis, que nada importante se emprendia sin haber prealablemente consultado los astros; en los reinados de los Enriques III y IV solo se trataba de pronósticos de los astrólogos. Barclay produjo en el segundo libro de su *Argenis* una sátira ingeniosa sobre la singular preocupacion que existia en aquella corte. Un astrólogo que se encargó de pronosticar al rey Enrique el resultado de la guerra con que le amenazaban los Guisus, dió ocasion á la siguiente sátira de Barclay.

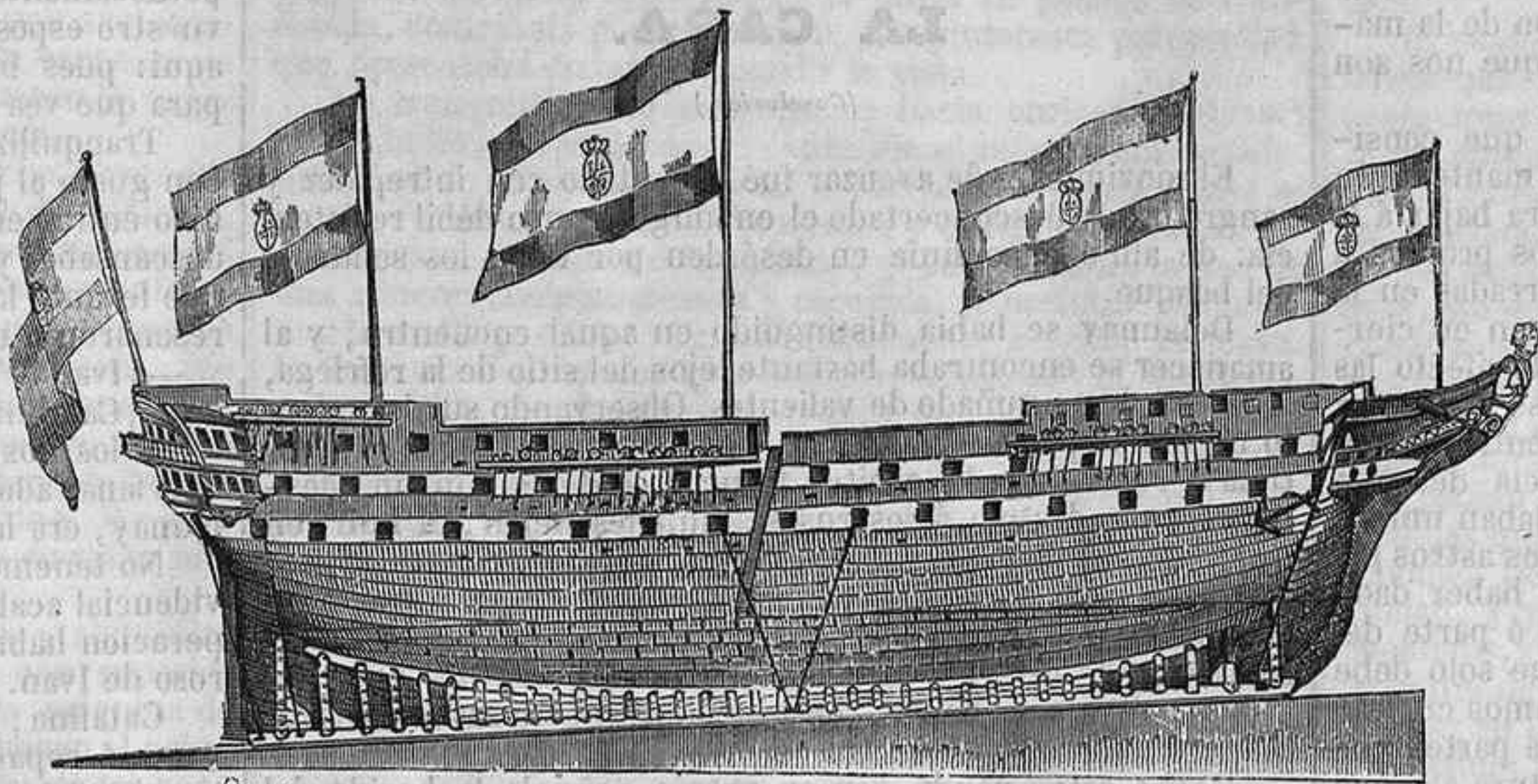
«Dices, supuesto adivino, dependen de la influencia de los astros, que presidieron nuestro nacimiento, las distintas circunstancias felices ó desgraciadas en nuestra vida y muerte; por otra parte dices que la carrera de los cielos es tan rápida, que un solo instante es suficiente para transformar la disposicion de los astros. ¿Cómo conciliar estas distintas oposiciones? Ya que este movimiento es tan rápido que no es concebible; que arrastra todos los cuerpos consigo, ¿sus promesas y amenazas no deberán variar segun sus diferentes situaciones? ¿En tal caso cómo son susceptibles de fijar los destinos? Tú no puedes saber (circunstancia segun dices precisa) bajo qué astro nació una persona; te persuades, ó mas bien dicho, crees que las mujeres que asisten á los partos, esten precisamente atentas á los relojes para

marcar con exactitud fija los minutos, conservar al recién nacido sus estrellas, como si fuesen su patrimonio, en los criticos momentos de tribulacion, dolor, y tal vez de peligro. Aun cuando fuese posible, ¿cuántas dejarán de hacerlo por descuido ó ser superiores á semejantes supersticiones? Suponiendo se observase el momento atentamente, la criatura puede detenerse un instante; ciertas circunstancias pueden producir largos intervalos: ¿ademas los cuadrantes estarán siempre exactos? Los relojes, por buenos que sean, suelen faltar en razon al tiempo muy húmedo ó seco. ¿Luego quién podrá asegurar que el instante que marquen las personas atentas al nacimiento de la criatura sea precisamente el que corresponde á su estrella?»

«Convengo en suponer contigo se hallase el punto justo y preciso, la estrella que presidió su situacion y su fuerza: ¿cuál es la razon en que se fundan para considerar entre las estrellas, las que dominaban mientras que el fruto se animaba en el vientre de su madre, antes bien que aquellas que se presentaban cuando el cuerpo aun tierno y el alma ignorante de sí misma, aprendia en su prision á soportar la vida con paciencia?»

«Dejando aparte todas estas dificultades, quiero conceder fuese bien conocido el estado del cielo en el momento del nacimiento de la criatura; ¿por qué debe emanar de los astros un poder absoluto sobre los cuerpos y voluntades? ¿Luego de ellos dependen mi felicidad, mi vida y mi muerte? ¿Los militares que mueren en una batalla, nacieron todos bajo una misma constelacion? ¿Podremos decir que un buque que deba naufragar, todos los que se embarquen en él nacieron con la mala estrella del naufragio? La experiencia nos prueba todos los dias que personas nacidas en distintas épocas, entran en combates, otras se embarcan y naufragan sin tener entre sí otra relacion, ni de comun que es el instante de la muerte. ¿Todos aquellos que nacen bajo la misma disposicion del cielo, tienen por esa razon la misma suerte en la vida y la muerte? Véase un rey; ¿creeremos que todos los que nacieron bajo su misma estrella, posean reinos ó á lo menos riquezas tan considerables, que atesten la favorable influencia de los astros en su nacimiento? ¿Te persuades habrán

vivido hasta el presente? ¿Aquellos que nacieron bajo el mismo planeta que M. Villeroy gozarán en sabiduría de igual lote? ¿Los favorece el soberano tan distinguidamente? ¿Los que nacieron en el mismo instante que tú, serán todos *astrólogos* por no decir otra cosa peor? Si alguno muere á manos de un ladrón, dices: su suerte exigia muriese bajo el puñal de ese miserable; ¿será posible que esos mismos astros que destinaron al viajante, desde el momento de su nacimiento, á verse un dia espuesto al acero de un asesino, hubiesen dado al asesino tal vez mucho tiempo antes del nacimiento de aquel la intencion y fuerza para querer y poder ejecutar su malvada intencion? ¿Por qué dices que los astros concurren del mismo modo á la crueldad con que mata el asesino, como á la desgracia del asesinado? Debemos decir lo mismo sobre las dignidades que elevan los sufragios. El planeta ó los astros que



El navio Rey Francisco de Asis.—Véase el número 41.

Aquellos que profesan este arte, pretenden que el cielo es un libro en que Dios escribió con su mano la historia del mundo, en el que todo hombre puede leer su destino. Nuestro arte, dicen, tuvo la misma cuna que la astronomía; los antiguos asirios que gozaban de un cielo cuya hermosura y serenidad favorecian las observaciones astronómicas, se ocuparon de los movimientos y revoluciones periódicas de los cuerpos celestes: observaron una analogía constante entre estos cuerpos y los terrestres; concluyeron con persuadirse de que los astros eran realmente aquellas Parcas y destino de que tanto se habló y hablaba, que presidian á nuestros nacimientos y disponian de nuestra suerte.

Estas eran las propiedades de este arte que sostenian los antiguos astrólogos.

La principal ocupacion de aquellos que así titulamos en



El verdugo.

el dia, es la de componer almanaques y calendarios.

La astrología judiciaria tuvo su origen, segun se opina, en la Caldea, penetró sucesivamente en Egipto, Grecia é Italia: algunos autores la tienen por egipcia y atribuyen su invencion á Cham; nosotros la tuvimos de los árabes.

El pueblo romano se infatuó de tal manera, que los astrólogos ó matemáticos que así los llamaban, se sostuvieron en Roma á pesar de los repetidos edictos de los emperadores que los desterraban.

Los bramias ó bramines introdujeron este arte supuesto en la India, lo practicaban, declarándose dispensadores de los bienes y males futuros, y adquirieron sobre aquellos pueblos una autoridad prodigiosa. Eran consultados como oráculos; sus contestaciones eran sumamente costosas; pues no era nada fácil obtenerlas: vendian sus mentiras al mas alto precio.

El planeta ó los astros que

presidieron al nacimiento de una persona, á quien por tus principios le destinaron grandezas, ¿pudieron igualmente estender su poder hasta hombres no nacidos, de quienes dependian en todo caso los efectos de aquellas felices influencias? Lo que podria ser cierto supuesta la realidad de las influencias en los cuerpos celestes, es que así como el sol produce distintos efectos sobre diferentes cosas de la tierra, aunque sean siempre los mismos rayos y la propia luz, con la que da calor y mantiene las semillas y otras matas, seca unas yerbas y otras resiste mas; del mismo modo, muchas de las criaturas nacen á un tiempo, se asemejan á un campo preparado de varios modos segun la diferencia del natural temperamento y costumbres de aquellos á quienes deben el ser. Esta potencia de los astros que es igual para todas esas criaturas, no puede producir en todos los mismos efectos. Si el natural de la criatura tiene relaciones con aquella potencia, lo dominará: si es opuesto, dudo lo corrija; de manera que para opinar sanamente sobre el carácter de una criatura, no debemos detenernos solo en considerar los astros; es menester remontar á los parientes, considerar la condicion de la madre durante su embarazo, y muchas otras cosas que nos son desconocidas.

«En fin Caldeo preguntó: si esas influencias que consideras como causa de felicidad ó desgracia, se mantendrán siempre en el cielo hasta el tiempo marcado para bajar á la tierra, y poner en movimiento los instrumentos propios á ejecutar lo que los astros decretaron, ó si encerradas en la criatura, nutrida y creciendo á la par de ella, deben en ciertas ocasiones abrirse camino para llevar á debido efecto las decisiones irrevocables de los astros. Si quieres se mantenga en el cielo, encuentro en tus principios una contradicción manifiesta; porque como la felicidad ó desgracia del que nace, depende del orden en que los astros se hallaban unidos en el acto del nacimiento, el curso de esos mismos astros parece haber destruido aquella forma primera, y haber dado otra tal vez enteramente opuesta. ¿En qué lugar ó parte del cielo se conservará aquella potencia primera, que solo debe aparecer y operar muchos años después; supongamos cuando cuente la criatura cuarenta años? Creer, por otra parte, que el destino no pueda tener efecto hasta que la criatura alcance á una edad avanzada, es un sueño impertinente. Será aquel que porque deba perecer en un naufragio, enfurezca los vientos ó que trastorne la cabeza del piloto para que se estrelle contra las piedras. ¿El labrador en el campo será la causa de la guerra que lo arruinará, ó del tiempo favorable que le proporcione una abundante cosecha?»

Cierto es que algunos entre vosotros publicaron altamente oráculos que justificaron acontecimientos; pero estos la experiencia justificó son en un número muy reducido relativamente á la multitud y sinnúmero de los oráculos falsos que habeis producido tú y tus semejantes; lo que demuestra cuán poco deben ser apreciados. Intentais pasen un millón de mentiras apreciables á la sombra de siete ú ocho casualidades. Suponiendo pisais á la ventura, habeis conjeturado muchas veces, que si debia admirar alguna cosa, sería tal vez de lo que no encontrasteis á menudo. En una palabra, vosotros que preveis lo que debe ocurrir en Sicilia, ¿cómo no habeis pronosticado lo que os acontece hoy á vosotros mismos? ¿Ignorabais habia yo de oponerme á vuestras ideas? ¿No delisteis para hacer valer vuestro arte, vuestro crédito, instruir y preparar el ánimo del rey, haciéndole presente que tal persona que está presente intentaba oponerse á vosotros y trastornaros? En fin, si tu ciencia te descubre si triunfará ó no el rey de sus enemigos, dime antes si dará fé á tus oráculos!»

Aunque la astrología judiciaria se hubiese combatido sólidamente, tanto por Barclay como por otros varios autores célebres, no puede decirse se desarraigase enteramente tan ridícula preocupacion; particularmente en Italia. Hemos visto á fines del siglo XVII remitir un italiano al pontífice Inocencio XI un pronóstico á manera de horóscopo sobre Viena que se hallaba sitiada por los turcos, el que fué muy bien recibido. En otro tiempo, el conde de Boulainvilliers, hombre de talento, estaba infatuado por la astrología judiciaria, sobre cuya materia escribió seriamente.

Tácito dice que Tiberio, en el tiempo que estuvo desterado en Rodas en el reinado de Augusto, se complacia consultando adivinos sobre lo mas alto de un peñasco muy elevado á la orilla del mar; pero que si las contestaciones del adivino le daban lugar á que lo graduase de ignorante ó embustero, inmediatamente lo hacia precipitar en la mar, por las manos de un esclavo.

Habiendo consultado un dia en este mismo punto á cierto Trasillus, muy hábil en este arte, y habiéndole este adivino prometido el imperio y todas prosperidades: «Ya que eres tan hábil, le dijo Tiberio, ¿podrás decirme cuánto tiempo tienes que vivir?» Trasillus, que se penetró del sentido de la cuestion, examinó ó aparentó examinaba sin conmoverse el aspecto y posicion de los astros en el momento de su nacimiento: á pocos instantes manifestó una gran sorpresa que no tardó en seguirla el susto, y exclamó: que en aquel momento, segun lo que alcanzaba, se hallaba amenazado de un gran peligro. Tiberio, á quien agradó la respuesta, lo abrazó y le aseguró nada temiese, lo distinguió en lo sucesivo como á uno de sus amigos, y lo consideró como un oráculo.

En este mismo historiador, uno de los primeros genios conocidos, se leen dos pasajes que prueban, que cuando la preocupacion es general, los juicios mas sentados no pueden redimirse de sacrificarle aun cuando lo hagan con repugnancia. El primero de estos pasajes se encuentra en el libro vi, chap. xxij, en el que después de varias reflexiones sobre distintos pareceres de filósofos en la astrología, añadió estas palabras: *caterum plerisque mortalium non eximitur, quin primo cujusque ortu ventura destinantur: sed quedam secus quam dicta sint cadere, fallacis ignare dicentium, ita corrupti fidemartis, cujus preclara documenta, et antiqua cetera nostra tulerit.* Lo que puede traducirse así: «No parece ser dudoso que todo lo que deba acaecernos no se halle marcado desde el primer momento de nuestro nacimiento; pero la ignorancia de los adivinos los induce algunas veces en error en sus predicciones; y por esta razon desacreditan en algun modo un arte cuya realidad está probada claramente por la experiencia de nuestro siglo, y los precedentes.

El otro pasaje se advierte en el cuarto libro de los ana-

les. «Habiendo salido Tiberio de Roma (dice Tácito), los astrólogos pronosticaron no volveria jamás. Esta predicción originó la pérdida de muchos ciudadanos, que se persuadieron viviria este príncipe poco tiempo, y fueron bastante imprudentes para publicarlo; pues no pudieron imaginarse viviese Tiberio once años sin volver á Roma en destierro voluntario. Pero espirado este tiempo, añade el historiador, conocieron los estrechos límites que en la ciencia de los adivinos separaban el arte de la quimera, y cuanto los celajes densos que cubrian la verdad; porque la predicción que hicieron de que Tiberio no volveria á Roma, no la hicieron á la ventura ni sin fundamento, pues que el resultado lo verificó; pero no penetraron todo lo demás; y no pudieron prever que este príncipe alcanzaria una estremada vejez sin entrar en la ciudad; aunque se acercó mucho á ella varias veces.»

M. L. M.

## LA CAPA.

(Conclusion.)

El movimiento de avanzar fué ejecutado con intrepidez y sangre fria; y desconcertado el enemigo, opuso débil resistencia: de allí á poco huía en desorden por todos los senderos del bosque.

Delaunay se habia distinguido en aquel encuentro, y al amanecer se encontraba bastante lejos del sitio de la refriega, al frente de un puñado de valientes. Observando su aislamiento un fuerte peloton enemigo, vuelve caras, le cerca y le intimó la rendicion. El capitán francés contesta con una descarga, que derrota á los rusos, quienes dejan, al huir, en poder de los vencedores á un oficial herido. Conmovido Delaunay al ver la juventud de aquel adversario, que no puede defenderse, detiene el brazo del soldado, cuyo sable iba á caer sobre él, y le grita:

—¿Qué vas á hacer, desgraciado? ¿Quieres deshonrar nuestro triunfo?

Hecho esto, vendó con su propio pañuelo la herida del oficial ruso, que le espresaba su reconocimiento en los términos mas energicos. De pronto le dijo el capitán:

—Me hablas de tu gratitud: pues bien, dame una prueba de ella, y te dejo libre.

—¿Qué es lo que quereis? Pedid: le respondió el joven oficial.

—Tu capa.

Ya se deja entender que el ruso no se hizo de rogar, y que manifestó á su bienhechor su sentimiento por no poder ofrecerle otro testimonio mas grande de su agradecimiento.

Delaunay recibió enajenado aquella capa, cuyo forro de piel de oso habia escitado su codicia mucho mas que los bordados de oro que lo adornaban.

—Bendito sea Dios! dijo al ponerse en marcha para reunirse á la columna: ya tengo con que abrigar á mi pobre huérfana; ya no tendrá frío.

## II.

Durante la campaña de 1814, un pueblecillo de la Champagne opuso á las tropas de la coalicion una resistencia tenaz y desesperada: después de mil combates quedó por último en poder del enemigo.

Furiosos los rusos por las pérdidas que habian sufrido delante de aquellas miserables casuchas, se esparcieron como lobos hambrientos por las cuatro ó cinco calles del pueblo, y sacrificaron á la mayor parte de sus habitantes para castigar su patriotismo, acabando de saciar su venganza con el saqueo.

Un joven oficial, seguido de varios soldados, habia entrado en una casa, cuya elegancia revelaba el bienestar de sus dueños, y que por esta razon debia estimular la rapiña de los saqueadores. Una sola persona, una mujer, se presentó delante de los rusos para impedirles que avanzasen; pero ellos le pusieron al pecho las puntas de sus bayonetas. Aquella mujer lanzó un grito de desesperacion, y cayó de rodillas á los pies del oficial, pidiéndole la vida.

—La vida! contestó el ruso; jamás la concedo.

—Pero es una cobardía matar á una mujer indefensa, respuso ella.

—Es un acto de justicia.

—¿De justicia! ¿Y qué os he hecho yo?

—¿Y qué habian hecho á los franceses nuestras madres y nuestras hijas, cuando llevaron la guerra á nuestro país?

Y exaltándose por el recuerdo de un acontecimiento doloroso, añadió lo que sigue:

—Una noche, señora, entraron en un palacio de recreo que no les habia opuesto la menor resistencia. En él solo habia dos ancianos, su hija y algunos criados: tres meses faltaban para que yo me uniese á la joven, pues la amaba con idolatría, y sus padres me habian concedido su mano. ¿Sabeis lo que encontré en el patio de aquel edificio? Cadáveres, una hoguera y cenizas. ¡Oh! No perdí entonces la vida, porque aquel horrible crimen exigia una venganza sangrienta; juré pues no dejar las armas de la mano ni tener piedad de enemigo alguno armado ó desarmado, mujer ó criatura inocente: lo juré por las cenizas de la que tanto amé; lo juré por sus padres, y cumpliré mi juramento.

La infeliz, al escuchar esta relacion, se levantó pálida y temblando, y haciendo un esfuerzo desesperado, se refugió á un gabinete inmediato.

Siguióla el ruso hasta aquel asilo; pero de pronto se detuvo á la vista de un objeto que parecia fascinar sus miradas. ¿Es una ilusion? ¿Es juguete de algun sueño engañoso? No, no: aquel forro de piel de oso, aquellos bordados... los reconocen las iniciales de su nombre...

—Señora, gritó como delirando ¿de quién es esa capa?

—De mi esposo, respondió turbada la pobre mujer.

El oficial apenas respiraba.

—¿Y dónde está vuestro esposo?

—Aquí: sus heridas, que le sujetan en el lecho de dolor, no le han permitido reunirse á sus conciudadanos para defender á su país.

—¿Es militar?

—Oficial, como vos.

—¿Oficial! ¿Ha estado en Rusia?

—Sí.

—¿Sabeis quién le dió esa capa?

—Un ruso á quien salvó la vida.

—Gracias, Dios mio, exclamó el joven: ha llegado por fin para mí el dia que tanto he deseado. Nada temais, señora, porque yo sabré defenderos; y desgraciado de aquel que toque un solo cabello de vuestra cabeza.

Acto continuo habló en ruso á sus soldados, mandándoles que se retirasen y se pusiesen de guardia en la puerta de la casa para defenderla contra todo ataque.

Aquella mujer, vuelta en sí del susto que habia experimentado, no sabia cómo interpretar tan súbita mudanza; no osaba dirigir la menor pregunta al oficial; pero su ansiedad se revelaba en sus inquietas miradas.

—¿No habeis adivinado ya, señora, la dijo él besando respetuosamente su mano, que esa capa fué mia y que debo á vuestro esposo la vida y la libertad? Me habeis dicho que está aquí: pues bien, apresuraos á conducirme hasta su lecho, para que vea que no soy un ingrato.

Tranquilizada completamente Mad. Delaunay, obedeció con gusto al joven oficial, le llevó al piso alto de la casa, y le hizo entrar en el dormitorio de su esposo. El valiente capitán descansaba, y junto á su lecho se hallaba orando una joven, que levantó la cabeza al oír el ruido de la puerta. Dos gritos resonaron á un mismo tiempo.

—¡Ivan!

—¡Catalina!

Y los dos jóvenes se abrazaron estrechamente. Aquella huérfana, adoptada diez y seis meses antes por el capitán Delaunay, era la prometida del oficial ruso.

No tenemos necesidad de añadir que este encuentro providencial acabó de extinguir la sed de venganza que la desesperacion habia despertado en el corazón naturalmente generoso de Ivan.

Catalina, tan agradecida como hermosa, no pudo resolverse á separarse de sus padres adoptivos, que la amaban tiernamente; pero Ivan, después que se firmó la paz, pidió y obtuvo autorizacion para residir en Francia.

Hoy forman todavía los dos matrimonios una sola familia, y conservan religiosamente, como preciosa reliquia, la capa que tan importante papel representó en su suerte.

## FILIPINAS.

En 1834 se publicó por primera vez en Manila una *Guía de Filipinas*, que de notoriedad se sabe fué redactada por el brigadier de caballería D. Andres García Camba, procurador á Cortes por las mismas en las cortes del 36, la cual tenemos entendido fué remitida al gobierno por las autoridades locales, en razon de las noticias útiles que contiene, tanto mas interesantes, cuanto poco generalizados estan por desgracia los conocimientos sobre aquel pais. De ella es pues el siguiente

### ESTADO POLÍTICO.

El gobierno de las Filipinas con agregacion de las Marianas está á cargo de un jefe militar que al título de gobernador reúne los de presidente de la audiencia, vice-patrono real, juez subdelegado de la renta de correos, postas y estafetas, director de las tropas y capitán general. Su autoridad pues abraza todas las dificultades que se derivan de esos títulos, tanto para la administracion, como para la seguridad y defensa del territorio.

Las islas se hallan divididas por provincias, y en cada una hay un jefe subalterno que se titula gobernador, corregidor ó alcalde mayor, los cuales ejercen la jurisdiccion gubernativa y contenciosa en primera instancia, son capitanes de guerra, y tienen á su cargo la cobranza del real haber bajo responsabilidad garantida con fianzas á satisfaccion de los oficiales reales de las cajas de Manila. La provincia de Cavite es una excepcion de esta regla, pues la cobranza del tributo en ella se hace ahora por un teniente de justicia mayor.

Cada provincia está subdividida en pueblos mas ó menos numerosos, y cada pueblo tiene un gobernadorcillo (*equivalente á un alcalde pedáneo*) con tenientes y alguaciles de justicia, cuyo número no es fijo, los cuales desempeñan varias comisiones, entre ellas la judicatura de sementeras, la de palmas y la de policía. En algunos pueblos donde hay suficiente número de mestizos, que son los descendientes de los chinos, forman, cuando obtienen permiso del gobierno, parcialidad separada, con gobernadorcillo y demás miembros de justicia tomados de su propio gremio.

Los gobernadorcillos tienen en sus pueblos todo el cargo municipal propio de la autoridad que les confiere su nombramiento, con especial obligacion de auxiliar á sus curas párrocos (generalmente frailes) en todo lo relativo al culto y observancia de los preceptos religiosos. Conocen de las causas civiles hasta el valor de dos reales de oro; proceden en los casos criminales á la formacion de sumaria, con la cual dan cuenta al jefe de la provincia: tienen obligacion de atender á la cobranza de real cuenta y demás que previenen las ordenanzas de buen gobierno, y se les permite cobrar ciertos derechos que estan determinados.

Hay tambien en cada pueblo otros municipios, conocidos con el nombre de *cabezas de barangai*, institucion bien entendida, la mas recomendable y digna de la consideracion del gobierno. Cada cabeza está obligada á cuidar de 43 ó 50 triutarios, que forman otras tantas familias, y es lo que se entiende por *barangai*: deben residir con ellos en el barrio ó calle señalado; atender inmediatamente al buen orden y armonía de sus individuos; repartir entre ellos todos los servicios que ocurran de comunidad; transigir sus diferencias, y recaudar el tributo bajo fianza para formalizar después su entrega al gobernadorcillo ó al jefe de la provincia en procurchura, como sucede en la de Toledo. Los cabezas son procuradores natos de sus *barangais* en cuantos negocios ocurren á la comunidad, y electores de los gobernadorcillos y demás

EL VERDUGO.

EPISODIO DE LA GUERRA DE LA INDEPENDENCIA.

Media noche acababa de sonar en el reloj del castillo de Menda. Un joven oficial francés estaba apoyado contra la cerca de piedra que rodeaba el terraplen de los jardines, y parecía entregado á reflexiones mas serias y profundas que las que inspira generalmente la frivola alegría de la vida militar. Era una de aquellas hermosas noches en que el cielo se presenta sin nubes, como un vasto campo de plata: brillaban las estrellas en el firmamento, y los pálidos reflejos de la luna difundian una claridad misteriosa sobre la encantadora y risueña campiña en que está situada la romántica ciudad de Menda. Desde las barbacanas del castillo construido por los moros sobre la cima de una roca, se divisaban las azuladas ondas del Océano Atlántico, que se perdian en el horizonte, y aquella fortaleza convertida á la sazón en palacio de residencia, contribuia poderosamente á la pintoresca perspectiva que presentaba cuanto alcanzaba la vista.

La tranquilidad de esta escena hacia curioso contraste con el bullicioso contento que animaba el interior del castillo. Infinidad de arañas de cristal esparcían su luz brillante al través de las entreabiertas ventanas; y el ruido del baile, los armoniosos sonidos de la música, y las animadas voces de una concurrencia numerosa y escogida, se mezclaban al murmurio de las pacíficas olas que lentamente besaban la playa. La frescura de la noche que habia reemplazado al insufrible calor del día, y los deliciosos perfumes que exhalaban las flores y los arbustos, habian convidado al joven militar con sus encantos, que no tardó en abandonar los seductores placeres del interior del castillo, por el reposo que aquel ambiente, nuevo para él, ofrecia á las fatigas de sus ejercicios militares.

El castillo de Menda pertenecía á un grande de España de primera clase. Titulábase marqués de Leganés, y vivia en él con toda su familia, compuesta de su esposa, de tres hijos y dos hijas. La mayor de estas era una belleza perfecta, y el oficial francés no habia podido verla sin amarla con una pasión verdadera, violenta, frenética, que destruía su reposo, y le hacia alimentarse de quiméricas esperanzas. No fué ella insensible al afecto que sus gracias hicieron en el corazón del militar; cada vez que este la hablaba se teñia su hechicero rostro de un vivo encarnado; mas cuando ella le respondia, habia en el sonido de su voz, en la vaguedad de sus miradas, tan estraña mezcla de melancolía, de pesadumbre y de compasión, que tal vez esto le indujo á retirarse de los salones para entregarse con libertad á sus amorosas cavilaciones.

Aunque la familia del marqués se componia de cinco hijos, sus inmensas riquezas y brillantes títulos hacían presumir que Clara fuese opulentamente dotada cuando llegase el caso de elegirle un esposo; ¿podia pues Victor Marchand, hijo de padres pobres, aunque nobles de París, pretender en ningun caso enlazarse con una de las mas ilustres y orgullosas familias de España?

Los franceses eran aborrecidos en toda la península, y el general G., comandante en jefe de la provincia, tenia poderosas razones para sospechar que el marqués de Leganés era el alma de una conspiracion cuyo objeto se dirigia á escitar un levantamiento en favor de Fernando VII. En consecuencia habia dispuesto que un fuerte destacamento á las órdenes de Victor se estacionase de guarnicion en Menda, á fin de contener cualquier tentativa de insurreccion, imponiendo con la fuerza de las bayonetas un temeroso respeto entre los habitantes de la ciudad y los de las cercanías, que eran enteramente adictos á la voluntad del marqués, además de estar sometidos á su grande influencia. Habíase descubierto que este magnate entretenia una activa correspondencia con el gabinete de Londres; y el mariscal Ney no se descuidó en informar al general que los ingleses intentarian probablemente muy pronto un desembarco en aquellas costas, dándole al propio tiempo instrucciones rigurosas contra los pueblos de la provincia de... instrucciones que el comandante general estaba dispuesto á seguir, pues se hermanaban perfectamente con la dureza de su carácter. Trasmitiólas á Victor con respecto á Menda; y este, á pesar de la buena acogida que tanto él como el destacamento que mandaba recibieron del marqués, no se descuidó un instante en tomar todas las medidas de seguridad que la prudencia y el estado de las cosas exigia. Al mismo tiempo que se paseaba de cuando en cuando fatigado de la inaccion en que le habian sumergido sus amorosas ideas, dirigia indagadoras miradas á la ciudad, cuya situacion en una eminencia le permitia recorrerla toda, y se esforzaba en conciliar interiormente la conducta franca y amigable del marqués, la profunda tranquilidad de aquellos habitantes, con las dudas y recelos que le habia manifestado el general G. No tardó mucho tiempo en conocer que aquellos recelos eran fundados.

La ciudad, que hacia algunas horas estaba entregada á la oscuridad y al silencio, parecia animada por un movimiento extraordinario; veíanse numerosas luces pasar de un barrio á otro, y se oia un confuso murmullo de voces humanas, donde pocos instantes antes solo reinaba la mas completa tranquilidad. Aunque aquel día se celebraba la fiesta del apóstol Santiago, Victor habia dado órdenes estrechas de que en todas partes menos en el castillo se apagasen las luces á la hora designada por los reglamentos militares. Inquietáronle pues aquellas alarmantes señales, y mas cuando al través de las tinieblas vió brillar distintamente los cañones de los fusiles y las hojas de las bayonetas en los diferentes puestos de los centinelas franceses. A poco rato, un silencio solemne, precursor de otros males, sucedió al primer murmullo, aunque las luces seguian brillando á lo lejos. ¿De qué podia nacer una infraccion tan clara á las órdenes que habia dado? se preguntó á sí mismo el joven oficial. Y en seguida, deseoso por curiosidad y por obligacion de sondear aquel misterio, se preparaba ya á saltar la cerca del jardin con el objeto de bajar por una senda pendiente, pero corta, hasta el cuerpo de guardia de la puerta principal de la ciudad, cuando le pareció oír casi á su lado un débil ruido semejante al que hace el paso de una mujer cuando pisa la alfombra de un prado. Miró á todas partes con inquietud, pero no descubrió forma humana; pero ¿cuál fué su asombro al divisar en medio de las aguas una escuadra que se dirigia hácia la costa! Al mismo

tiempo oyó una ronca voz, que salia por una de las muchas aberturas que tenia la cerca; abrió Victor los ojos, y reconoció al ordenanza que habia dejado en el castillo.

—¿Es Vd., mi comandante?  
—Sí; el mismo. ¿Qué hay?  
—Esos miserables bullen y se revuelven allá abajo como un monton de gusanos. He estado á la descubierta y vengo á dar el parte de lo que ocurre.  
—Habla.

—Primeramente he visto esta noche salir del castillo un hombre que llevaba una linterna: le he seguido por parecerme sospechoso, sin perderle de vista hasta aquella plataforma que desde aquí se distingue. Al punto que llegó á ella, se detuvo, y acercándose despues á una gran pila de leña...

En este instante se oyó un grito general resonar por toda la ciudad; un resplandor brillante producido por una inmensa hoguera deslumbró á Victor; se oyó un tiro de fusil, y el ordenanza herido en la cabeza por la bala, cayó muerto á sus pies.

El ruido del baile del castillo habia cesado; el mortal silencio que reinaba fué interrumpido por mil horrosas imprecaciones, por mil gritos de dolor, como los que se oyen en un campo de batalla, y el estampido del cañon, mezclándose al tumulto de aquella temible noche, completó un cuadro de desolacion y de horrores.

Un sudor frio corria por la frente del joven militar. Estaba solo, sin defensores, sin amigos, y á merced de los primeros contrarios que se presentasen. Sus soldados habian perecido, y él se encontraba deshonorado, próximo á comparecer ante un consejo de guerra, y á pagar tal vez con la vida las consecuencias de aquella sorpresa, pues que yacian muertos los únicos que podian atestiguar su inocencia, declarando las prudentes medidas que habia adoptado para mantener la pública tranquilidad. De una ojeada midió el espacio que lo separaba de la ciudad, y ya iba á precipitarse solo en medio de todos los enemigos, anhelando morir como mueren los valientes, cuando se sintió detenido por una mano delicada que temblaba al estrechar su brazo.

—«Huid ¡ah! ¡huid! exclamó Clara, pudiendo apenas respirar: mis hermanos se dirigen á este sitio... aun es tiempo; no perdais un instante; este camino es practicable y seguro; bajad la cuesta sin detencion y estareis libre, porque al pié de ella os espera el caballo de Juanito. ¡Qué! ¿no me oís, Victor? Partid, partid por Dios! Ah! no os empeñeis en hacerme llorar eternamente!.. Trastornado, sin saber lo que hacia, el oficial clavó sus ojos en los hermosos árabes de Clara; cogió su mano, apretada fuertemente contra su pecho; exhaló un suspiro, y desapareció en la direccion que su libertadora acababa de indicarle. Tiempo era; pues sus enemigos se presentaron en la cerca del jardin un momento despues. Dejose resbalar por una pendiente rápida que formaba la cuesta; y aunque multitud de balas silbaban en sus oidos, no se detuvo; encontró el caballo del hijo del marqués amarrado á un árbol, montó en él sin vacilar, y partió á todo escape.

Cuando llegó al cuartel general supo que el general G. estaba almorzando con los oficiales del estado mayor. Victor se hizo anunciar, y fué admitido al momento.

—Mi general, yo vengo á entregarme á todo el rigor de las leyes militares, dijo con firme acento, adelantándose hácia su oficial superior.

—Siéntese Vd., caballero, respondió el general con agrado; lo primero es descansar; despues oiré lo que tenga Vd. que decir: y la inflexible severidad de su semblante, que pintaba la dureza de su corazón, se dulcificó delante de Victor.

En cuanto este se repuso de su turbacion, dió cuenta exacta del levantamiento de Menda, sin disimular ninguna de las circunstancias de que habia sido testigo: un profundo silencio, una tristeza general, fueron los comentarios á que dió lugar su relacion.

—Mi opinion es, dijo al fin el general, que Vd. es mas digno de lástima que de castigo, pues no hay motivo para que se le hagan á Vd. cargos sobre la conducta de los habitantes de Menda. Asi es, que á menos que el mariscal no me ordene otra cosa, no pienso ni aun poner á Vd. en arresto.

—Pero señor, replicó Victor, ¿cuando el emperador lo sepa?

—Es muy probable que lo mande á Vd. pasar por las armas; pero no es esto lo que ahora debe ocuparnos. Lo que hemos de hacer ahora, añadió levantándose, es vengar la muerte de nuestros soldados; pero vengarla de una manera terrible.

Una hora despues, un regimiento entero seguido de fuerte destacamento de caballería y otro de artillería, marchaba por el camino de Menda, llevando al general G. y á Victor á su frente. Informadas las tropas de la suerte de sus compañeros, y estimuladas por la rabia y el deseo de una pronta venganza, desplegaban la mayor actividad y un ardor extraordinario. Las ideas por donde pasaban se habian levantado en masa; pero dada por el general la órden de diezmar á sus habitantes, pronto se redujeron á la obediencia.

Por una circunstancia inexplicable la escuadra inglesa permaneció estacionaria sin entablar comunicaciones con tierra; de modo que la ciudad de Menda se vió cercada por las tropas francesas antes de hacer la menor demostracion de resistencia. Sus vecinos, privados de los auxilios con que habian contado, se vieron reducidos á la necesidad de rendirse á discrecion. Aquellos que se contaban como mas comprometidos en los últimos sucesos, presumiendo con razon que la ciudad iba á ser entregada á las llamas, y sus moradores fusilados, ofrecieron al general sus vidas bajo la condicion de que se respetase á Menda y se perdonase á sus conciudadanos, digno esfuerzo de valor y desprendimiento, frecuente en una guerra llena de desastres y de heroicas acciones. El general aceptó tan estraordinaria como inesperada proposicion: sin embargo, impuso contribuciones exorbitantes, para el cobro de las cuales retuvo en rehenes á varios hacendados ricos que gozaban en el país de la mayor consideracion. Además exigió que todos los que vivian en el castillo, desde el marqués hasta el último criado, se le entregasen inmediatamente y sin condicion alguna.

(Se continuará.)

oficiales de justicia, para cuya interesante funcion solo tienen voto los doce mas antiguos de cada pueblo, ó los sustitutos en sus casos, que la ordenanza señala. En algunas provincias, los cabezas de barangai nombran solamente ó eligen los tres sugetos que han de componer la terna para gobernadorcillo, y estos con el gobernadorcillo que ha de cesar, proceden á la eleccion de los tenientes, alguaciles y sus comisiones.

Las cabecerías de barangai, de origen mucho mas remoto que la reduccion ó conquista hecha por los españoles en el siglo XVI, fuéron sin duda hereditarias. Actualmente las hay hereditarias y electivas; y cuando vacan, sea por falta de heredero ó por renuncia del propietario, se nombra el reemplazo por el gobierno en las provincias cercanas á la capital, y en las lejanas por el jefe subalterno respectivo, pero á propuesta del gobernadorcillo y de las demás cabezas de barangai. Esto mismo se practica en la creacion de cualquier cabecería, á medida que se aumenta la poblacion y lo exige el número de tributarios de cada pueblo. Las cabezas de barangai, sus mujeres y primogénitos, que son sus auxiliares para la cobranza del real haber, gozan de la exencion de pagar tributo, que es el nombre con que se conoce la capitacion allí establecida, única contribucion directa.

Los cabezas de barangai en algunas provincias sirven las cabecerías por tres años, y si no resultan en descubierta, quedan reconocidos como principales en los pueblos con el título de cabezas pasados y Don. Semejante sistema ofrece el grave inconveniente de multiplicar la privilegiada clase de principales que, reservada de los servicios personales, recae al Estado llano ó polistas en proporcion de su aumento. El gobierno allí, bien penetrado de las consecuencias de este inconveniente, dirige su atencion á corregirle de la manera mas provechosa al procumun y al servicio de S. M.; pero interesa no se pierda jamás de vista este punto de tanta importancia.

Los empleos de gobernadorcillos, tenientes y alguaciles de justicia son electivos y de duracion anual con superior aprobacion: esta circunstancia es el alma de la máquina de aquel estado. Las elecciones está prevenido se hagan al principio de cada año en las casas reales ó tribunales de los pueblos, y no en otro lugar. Los electores son el gobernadorcillo que ha de cesar, y los doce cabezas de barangai mas antiguos. Para gobernadorcillo se han de elegir tres individuos á pluralidad de votos y con expresion del lugar que hayan de tener en la terna, siendo de advertir que los nombrados deben saber hablar, leer y escribir el idioma español, sin lo cual se tiene por nula la eleccion de sugeto que carezca de esta espesa circunstancia donde le hubiere.

Para los demás oficios de justicia se elige uno por cada número, hasta completar los que necesitase el pueblo, bien por la misma junta, ó bien por la terna de gobernadorcillo, como se ha indicado ya. La votacion debe hacerse secreta, autorizada por el escribano y presidida por el jefe de la provincia; permitiéndose al cura párroco asistir, si gustare, para representar lo que tuviere por conveniente, y no para otro fin. Cerradas y selladas las actas de las elecciones, se remiten al superior gobierno en las provincias de Tondo, Bulacán, Pampanga, Batáan, Zambales, Nue-Ecija, Laguna, Batángas y Cavite, para que eligiendo uno de los propuestos para gobernadorcillo, mande expedir el título correspondiente á cada clase. En las demás provincias por su distancia á la capital el jefe de cada una nombra al propuesto en primer lugar, y haciendo uso de los títulos que el superior gobierno les fia en blanco, estienden en ellos los nombres de los interesados y los ponen en posesion.

Los cabezas de barangai pueden ser elegidos conservando sus cabecerías y la cobranza de tributos, por no ser justo, reconoce la ordenanza, que los distinguidos empleos de cabezas de barangai esten privados del honor de gobernadorcillos. El gobernador Basco (despues conde de la Conquista) en 16 de noviembre de 1780 previno tambien que los cabezas de barangai pudiesen ser nombrados para gobernadorcillos y otros oficios de justicia en sus respectivos pueblos, con tal que no fuesen deudores á la real hacienda ni al público, cuya providencia aprobó S. M. por real cédula de 17 de octubre de 1785.

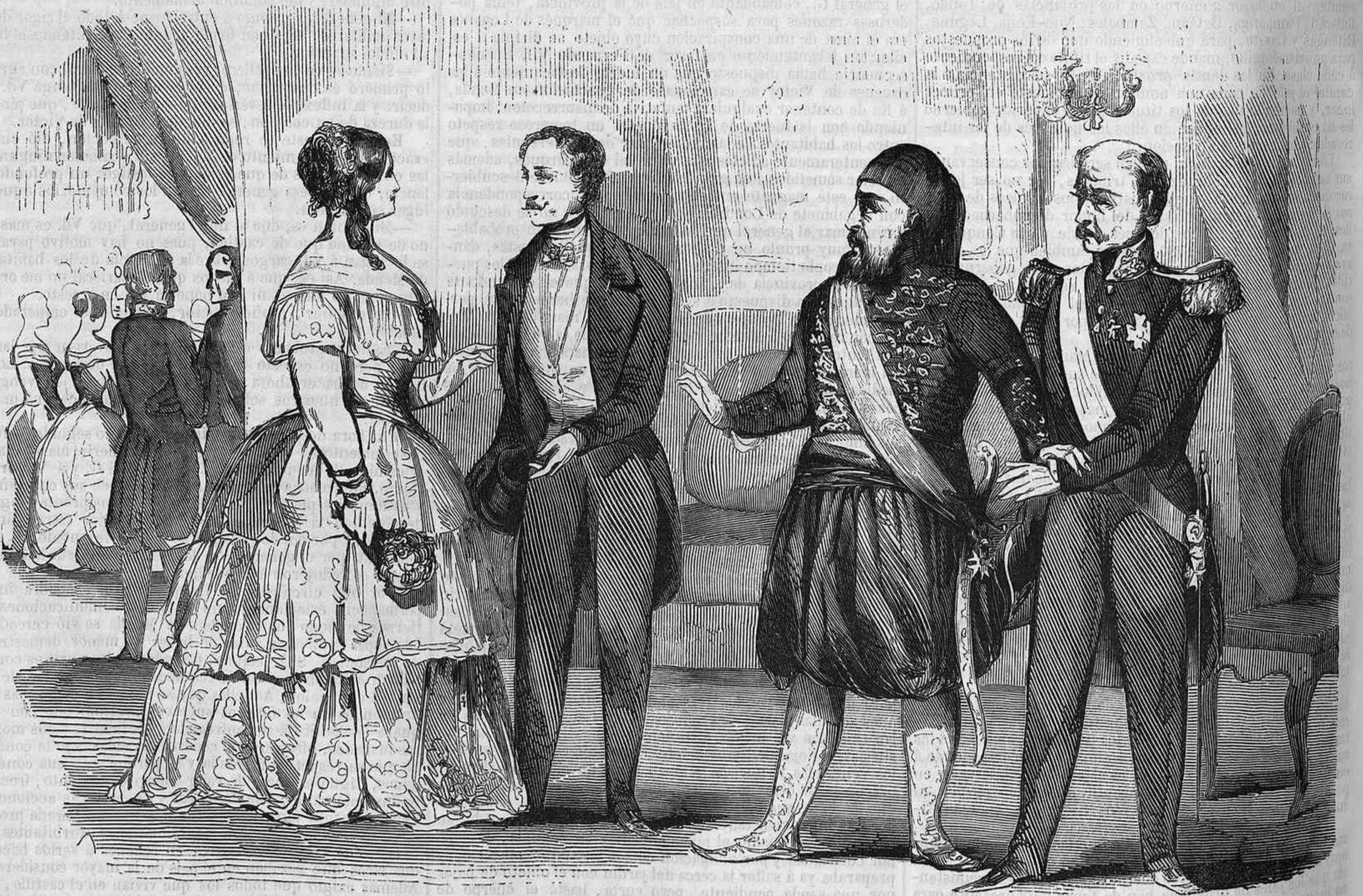
El gremio de chinos residentes en Manila y sus estramuros, está en posesion de elegir de entre sus individuos cristianos, y en junta que preside el corregidor de Tondo, uno para gobernadorcillo, otro para teniente mayor, y un tercero para alguacil mayor, á quienes el gobierno libra los competentes títulos en virtud de los cuales ejercen jurisdiccion. Los oficiales de justicia en este gremio, que se llaman bilangos, los nombra el gobernadorcillo entrante. Los electores son tambien trece, y se componen del gobernadorcillo que ha de cesar, de los capitanes pasados (gobernadorcillos que fuéron), y de los cabecillas (colectores) del tributo y de champanes (bucos chinos) pasados y en ejercicio: cuando falta algun número se completa con los cabecillas de los oficios. Actualmente la cobranza del tributo ó capitacion de chinos se hace directamente por el corregidor en la provincia de Tondo, con un interventor nombrado de entre los oficiales del ministerio de real hacienda: en las demás provincias la hace por sí solo el jefe de cada una. Rige para esta exaccion un padron donde se hallan matriculados y clasificados los chinos, el cual determina la cuota de cada contribuyente segun su clase.

Los gobernadorcillos y oficiales de justicia merecen del gobierno la mayor consideracion por las honoríficas y utilísimas funciones de sus empleos. A los jefes de provincia se les impone por obligacion el que les estimen cual corresponde á sus respectivos ejercicios, dándoles asiento en sus casas y en cualesquiera otra parte, sin consentir que esten en pie, ni permitir que los curas párrocos los traten con menos estimacion.

Finalmente, es preciso advertir que las antiguas ordenanzas de buen gobierno, que todavia rigen en Filipinas, estan muy alteradas por superiores decretos posteriores, circunstancia que los jefes de provincia han de tener muy presente para no incurrir en errores de grave perjuicio. Este mal se habria remediado si se hubiese dado cumplimiento á la carta acordada de 17 de enero de 1797, por la que se mandaron rever los artículos de esas ordenanzas, y atemperarlos á las circunstancias presentes: pero tuvo esta bien entendida disposicion la mala suerte de no ser cumplimentada.



Tipos franceses.—Lo bajo y lo alto.



La Turquía en Europa.

DIRECTOR Y PROPIETARIO, DON ANGEL FERNANDEZ DE LOS RIOS.

Oficinas y Estab. Tip. del SEMANARIO PINTORESCO y de LA ILUSTRACION, á cargo de Alhambra, Jacometrezo, 26.